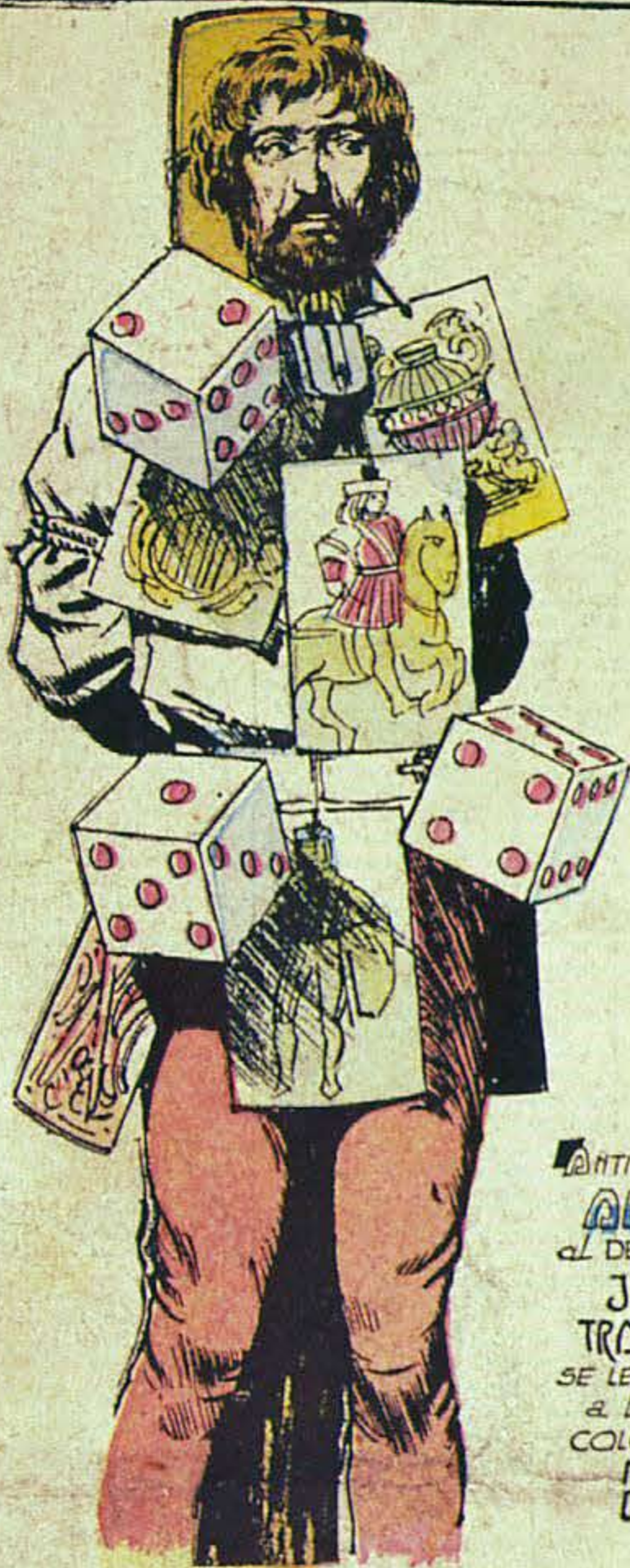


VISTO Y OIDO ★ Ciego conquistó una ciudad ★ por PREMIANI



YASUKE KIMURA, TONELERO de KAMEIDO-MACCHI (JAPON), VIVE con TODA SU FAMILIA en un ENORME TONEL para EVITAR los PELIGROS de un TERREMOTO.

ANTIGUAMENTE, en **ALEMANIA**, al DESCUBRIR a los JUGADORES TRAMPOSOS se LES CONDENABA a la PICOTA COLGANDOLES NAIPES y DADOS.

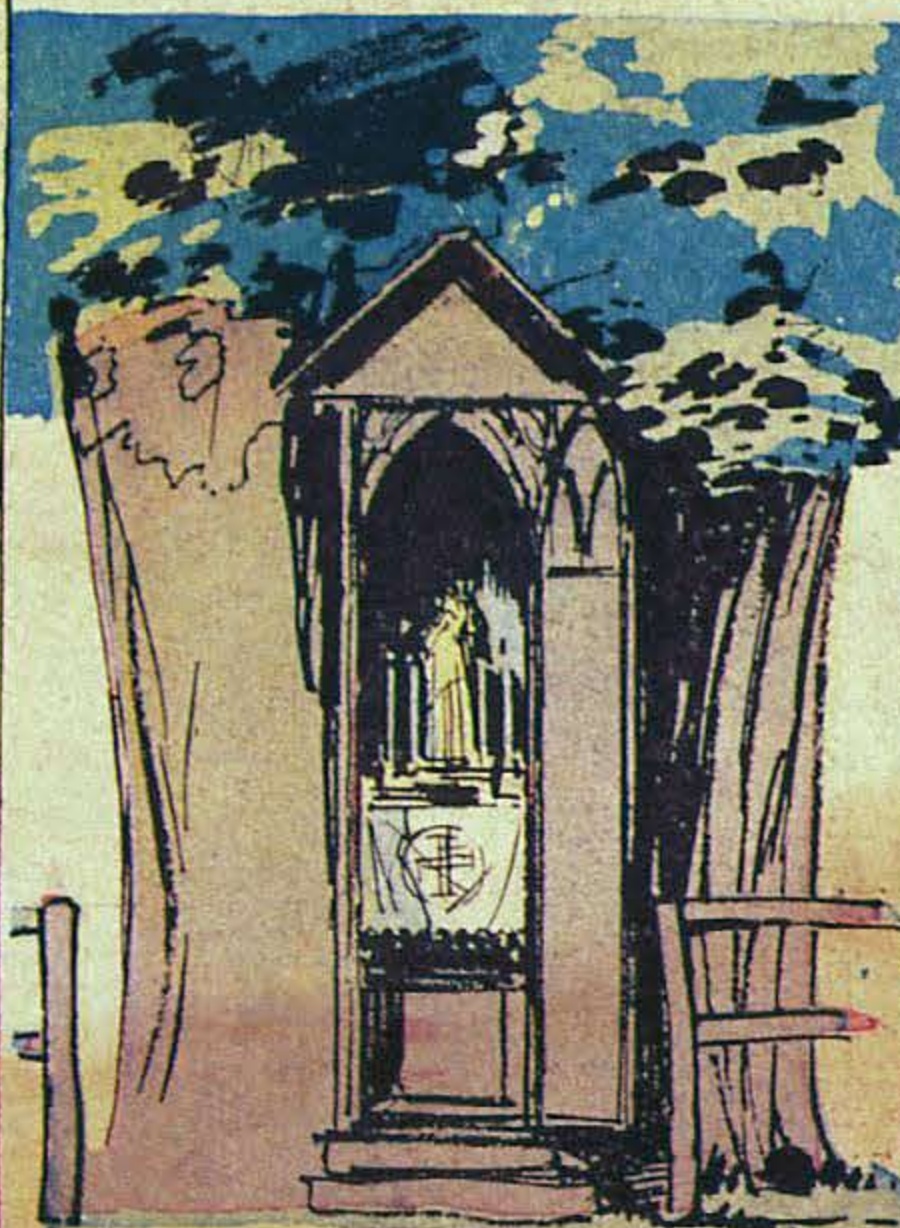
DÁNDOLO DUX VENEZIANO, CIEGO y CASI CENTENARIO ASULTÓ a la CABEZA de la **IV CRUZADA**, la CIUDAD de CONSTANTINOPLA y la CONQUISTÓ.



Las AUTORIDADES SANITARIAS de CANTON (CHINA) HAN PROHIBIDO COMER CORNE de **MONO**, por TENER ese ANIMAL MUCHAS CUALIDADES HUMANAS.



El **HAIÉ** DE ROUTAT (FRANCIA) HAY un **ALTAR** en el INTERIOR del TRONCO de un ÁRDOL.



El **AGAVE** es una PLANTA UTILÍSIMA. Los MEXICANOS APROVECHAN sus FIBRAS PARA HACER CORDONES, SANDALIAS, TEJIDOS, PAPEL, ETC. De ella EXTRAEN ADEMÁS de PRODUCTOS MEDICINALES, el **PULQUE** y el **MEZCAL**, BEBIDAS ESPIRITUOSAS.

La Sombra y los Destellos

CUANDO recuerdo aquellos tiempos, me doy cuenta de lo peculiar que era esa amistad. Primero estaba Lloyd Inwood, alto, esbelto, fino, nervioso y moreno. Y segundo Pablo Tichlorne, alto, esbelto, fino, nervioso y rubio. Cada uno era una réplica del otro en todo, excepto en color. Los ojos de Lloyd eran negros; los de Pablo azules. Con fuerte excitación, la sangre corría oliva en la cara de Lloyd, y carmesí en la cara de Pablo. Pero aparte estas cuestiones de colores, se parecían como dos huevos de la misma ave. Ambos desbordaban energía, aptos para extrema tensión y resistencia, y vivían al unísono en esfuerzos.

Pero esta notable amistad abrazaba un trío, y el tercero en ella era bajo y gordo, y fofo, y haragán, y me disgusta decirlo, ese era yo.

Lloyd y Pablo parecían nacidos solo para rivalizar entre sí, y yo para pacificarlos. Crecimos juntos los tres, y muy a menudo recibí yo los rabiosos golpes que ellos se destinaban mutuamente.

Esta intenso espíritu de rivalidad lo continuaban en sus estudios y juegos. Si Pablo aprendía de memoria un canto de algún largo poema, Lloyd aprendía los dos. Pablo replicaba con tres, y Lloyd otra vez con cuatro, hasta que ambos se sabían de memoria todo el poema.

Recuerdo un incidente muy significativo de la rivalidad a muerte entre ambos. Los muchachos teníamos un juego de zambullir hasta el fondo de un estanque — unos tres metros — y ganaba de una rifa para probar cuánto aguantaba más.

Pablo y Lloyd se dejaron incitar a descender juntos. Cuando vi sus caras decididas y firmes, presentí una tragedia. Los momentos volaron, las ondas se aquietaron, la faz del estanque se puso lisa e inmóvil, y ni la cabeza de oro ni la negra salieron a buscar aire. Burbujas subieron al principio, y luego cesaron. Cada uno continuaba hacia interminable, e incapaz de soportar más la tensión me arrojé al agua.

Los encontré en el fondo del agua, agarrados desesperadamente a las raíces, sus cabezas muy cercanas, sus ojos abiertos que casi se salían de las órbitas fijos mirándose con odio. Los dos serpenteaban y temblaban en el tormento de voluntaria asfixia que los mataba, pues ninguno quería dar por vencido ni se soltaba.

Traté de desasir a Pablo de su propio agarre, pero me resistió fieramente. Entonces perdí el aliento y subí a la superficie con mal susto. En breve expliqué la situación, y media docena de nosotros bajó y a la fuerza los arrancaron, los desarrájaron, podría decirse. Por entonces ya estaban ambos inconscientes, y fué sólo después de mucho masaje y golpes y rodillo que al fin recobraron sus sentidos. Se habrían ahogado allí abajo si nadie los hubiera salvado.

Cuando Pablo Tichlorne entró al colegio hizo entender a todos que se interesaba por ciencias sociales. Lloyd Inwood, entrando al mismo tiempo, eligió el mismo curso. Pero Pablo había tenido la intención oculta de estudiar ciencias naturales, especializándose en química, y al último momento se desvió por su lado. Aunque Lloyd había ya arreglado por su trabajo de ese año y había asistido a las primeras lecciones, en seguida siguió el camino de Pablo y entró también en ciencias naturales, especialmente por la química.

Cada uno era continuo estímulo para el otro, y profundizaron en química más que nadie, tanto que antes de recibir sus pergaminos podían apabullar a cualquier profesor de la materia, menos al "viejo" jefe del ramo en la Universidad, y aun a él más de una vez lo intriganaron o edificaron.

El descubrimiento del "hacilo de la muerte" del sapo marino que hizo Lloyd y sus experimentos sobre él con el cianuro de potasio, difundieron por el mundo su nombre, y el de la Universidad; pero Pablo no se quedó ni un paso atrás cuando consiguió producir en su laboratorio coloides con movimientos ambivalentes, y cuando arrojó nueva luz sobre los procesos de fertilización, con sus sorprendentes experimentos con simples cloruros de sodio y magnesio en formas inferiores de la vida marina.

Fuó en los días de estudiante, en medio de los más hondos buceos de los misterios de la química orgánica, que Doris entró en la vida de ambos. Por supuesto, se enamoraron de ella, que se convirtió en el único objeto digno de que vivieran para él.

La cortejaron con el mismo ardor y pasión, y tan intensa fuó su lucha por ella que la mitad de los estudiantes se puso a apostar locamente a quién ganaría la dama. Hasta el "viejo" jefe de química se hizo culpable al extremo de apostar un mes de sueldo en favor de Pablo, después de una asombrosa demostración que hizo éste en el laboratorio privado del profesor.

Al fin el problema lo resolvió ella a su modo, a satisfacción de todo el mundo menos de Pablo y Lloyd.

Rememorándolos, les dije que realmente no podía elegir entre ellos, pues los quería por igual, y que por desgracia, como no se permitía la poliandria en los Estados Unidos, estaría ella obligada a declinar el honor y la dicha de casarse con uno de ellos. Ambos se acusaron de este lamentable resultado, y la acritud entre ellos se acentuó más.

Pero las cosas llegaron a decidirse azas pronto. Fué en mi casa, después que ambos se graduaron y se hubieron alejado de la atención del mundo, que el principio del fin se mostró claro. Los dos eran hombres de medios, con poca inclinación y menos necesidad de hacer vida profesional. Mi amistad y su animosidad mutua eran dos vínculos que de cualquier modo los ataban. Aunque me visitaban con mucha frecuencia, eran en exceso meticulosos en evitarse durante sus visitas, pero en tales circunstancias era difícil que no se encontraran ocasionalmente.

En el día que recuerdo, Pablo Tichlorne había estado como soñando toda la mañana en mi estudio con una conocida revista científica. Esto me dejó libre para mis propios asuntos, y yo estaba fuera entre las rocas cuando llegó Lloyd Inwood. Podando y limpiando y clavando las enredaderas en el porche, con la boca llena de clavos y Lloyd siguiéndome por todo y ayudándome a veces, calmos en discusión sobre la mítica rafa de la gente invisible, ese pueblo extraño y vagabundo cuyas tradiciones nos transmitieron los pedicelos rojas. Lloyd se aclaró en la conversación, con su modo nervioso y sacudido, y pronto se ponía a averiguar las propiedades físicas y posibilidades de la invisibilidad. Un objeto perfectamente negro, contendría el, eludiría y desafiara la visión más aguda.

"El color es una sensación", decía. "No tiene realidad objetiva. Sin luz no podemos verlo, ni tampoco los objetos mismos. Todas las cosas son negras en la oscuridad, y en la oscuridad es imposible verlas. Si no hay luz que las golpee no pueden reflejar luz al ojo, y así no tenemos evidencia visual de que existan."

"Pero vemos objetos negros de día", contesté.

"Mucha verdad", siguió él con calor. "Y eso es porque no son perfectamente negros. Si así fueran, absolutamente negros, digamos, no podríamos verlos ni con el brillo de mil soles! Y así digo, que con los pigmentos aptos que absorban toda la luz, bien combinados, una pintura absolutamente negra, podría producirse que haría invisible todo lo que se pintara con ella."

"Sería un merable descubrimiento", dije sin compromiso alguno, pues todo el asunto me parecía demasiado fantástico para ser otra cosa que materia de especulaciones.

"Notable!" Lloyd me palmó la espalda. "Así diría yo. Pues hombre, dame una mano de tal pintura sería poner el mundo a mis pies. Los secretos de cortes y gobiernos serían míos, las maquinaciones de diplomáticos y políticos, las combinaciones de los jugadores de bolsa, los planes de trusts y corporaciones, todo lo tendría a mano."

"Y yo" — se detuvo abruptamente, y luego agregó, "bueno, ya empecé mis experimentos y no tengo inconveniente en decirte que ya estoy en el buen camino."

Una carcajada desde la puerta nos sobresaltó. Pablo Tichlorne estaba allí, con una sonrisa de burla en los labios.

"Te olvidas algo, querido Lloyd", dijo.

"¿Olvidó qué?"

"Te olvidas — ah, te olvidas de la sombra."

Vi que la cara de Lloyd se alargó, pero respondió con desdén, "puedo llevar una sombra". Luego se volvió a él de repente, feroz: "Mira, Pablo, aparte de estas cosas más si sabes lo que te conviene."

Una ruptura pareció imminente, pero Pablo se bonificó: "Y no pondría los dedos en tus ojos pigmentos. Ten éxito más allá de tus ardientes deseos, no obstante tendrás siempre la sombra en contra. No te puedes escapar de ella. Yo iré ahora al extremo opuesto. Por la misma esencia de mi proposición, la sombra será eliminada, y..."

"Transparencia", exclamó al instante Lloyd. "Pero no puede realizarse."

"Oh, no; por supuesto que no". Y Pablo se echó de hombros y se fué sin prisas por la senda de rocas silvestres.

Esto fué el principio de la cosa. Ambos hombres atacaron el problema con toda la tremenda energía que los denotaba, y con un tenor y acritud que me hacía temblar por el éxito de cualquiera de ellos. Cada uno se confiaba a mí completamente, y en las largas semanas de experimentos que siguieron yo era como socio de ambas partes, oyendo sus teorizaciones y siendo testigo de sus demostraciones.

Nunca, ni por palabra ni signo hice la menor sugerencia de progreso de ninguno de ellos, que me respetaban por el sello de secreto que había puesto en mis labios.

Lloyd Inwood, después de prolongada e ininterrumpida aplicación, cuando la gran tensión de su mente y cuerpo se le hacían insostenibles, tenía un modo extraño de aliviarse. Concurría a matches de box. Fué en una de esas brutales exhibiciones adonde me había arrastrado para narrarme sus últimos resultados, que su teoría recibió confirmación.

"¿Ves aquí hombre pelirrojo?", preguntó indicando a través del ring, unos asientos más allá. "Y ves el hombre de sombrero blanco que le está cerca? Bueno, hay un hueco entre ellos, ¿no es así?"

"Ciertamente", contesté. "El hueco es un asiento sin ocupante."

Se inclinó hacia mí y habló, por lo que me sorprendió, con un tono tan serio, que me quedé mirándolo, y verlo —

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en con que jamás se haya estado de caza, y en este tono continué hasta que me exasperó la curiosidad. Pero la mañana en cuestión tuve un chasco, pues no había perro en evidencia.

"No lo veo por ahí", dijo Pablo sin interés, y partimos a través del campo.

No pude figurarme, por entonces, lo que me pasaba, pero tuve la sensación de alguna enfermedad gravísima e inminente. Mis nervios andaban torcidos, y con las jugarretas que me hacían mis sentidos parecían desdoblados. Sonidos extraños me molestaban en diversos lugares, e impresiones visuales que no se coordinaban ni mostraban significado alguno.

"No oíste nada, Pablo?" — pregunté una vez.

arrastrándome, aunque con grave perplejidad y bien convencido de que alguna enfermedad aguda y misteriosa me había atacado los nervios. Hasta entonces mis ojos habían quedado casi en orden, pero saliendo a campo abierto hasta la visión me daba la espalda. Destellos extraños de luz tornasolada empezaban a aparecer y desaparecer sobre la senda delante de mí. Sin embargo, conseguí mantenerme bajo mis propias órdenes un rato, hasta que las luces tornasoladas persistieron por unos vientos segundos, bailando y destellando en continuo juego, y entonces me sentí en el suelo, débil y tembloroso.

"Ya no puedo más", resollé, cubriéndome los ojos con las manos. "Esto me atacó los ojos ahora. Pablo, acompáñame a casa."

Pero Pablo rió, largo y fuerte. "¿Qué te dije, eh? El perro más maravilloso, ¿eh? Bueno, ¿qué te parece?"

Se apartó algo de mí, y silbó. Of el leve paso, el ansiar de un animal cansado, y el ladrido inequívoco de un perro. Pablo se agachó y acarició en apariencia el aire vacío.

"Dáme tu mano".

Y frótome mi mano, contra la nariz fría y la cara de un perro, que lo era ciertamente.

No hay que decir que pronto recobré mi ánimo y mi control. Pablo puso un collar al perro y ató un pañuelo a su cola. Y entonces se nos otorgó el notable espectáculo de un collar vacío y un pañuelo ondeante, saltando y loqueando por los campos.

De cuando en cuando el perro emitía los destellos tornasolados que mencioné. "La única cosa que Pablo, que no había previsto y que dudaba podría ser vencida."

"Son una familia numerosa", dijo — estos perros vientosos y solares e iris y de halos y parhuelos. Temo que sean lo que tengo que pagar por la transferencia. Me escape de la sombra de Lloyd para caer en los destellos irizados!"

Un par de días más tarde, ante la entrada del laboratorio de Pablo, un hedor terrible me asaltó. Tan fuerte era, que me fué fácil encontrar la causa — una masa putrefacta que en contornos recordaba a un perro.

Pablo se sorprendió cuando investigó mi hallazgo. Era el perro invisible, o más bien, lo que había sido invisible, pues era visible claramente. Su cráneo había sido aplastado con un fuerte golpe. Si era extraño que el animal hubiera podido ser muerto así, era inexplicable que pudiera contraponerse tan pronto.

"Los reactivos que le inyecté eran inofensivos", me explicó Pablo — aunque poderosos, y parece que producen con la muerte casi instantánea desintegración. ¡Notable! Bueno, lo único entonces es no morir! Pero me intriga pensar quién puede haberle aplastado la cabeza!"

Pronto se hizo luz sobre este punto, cuando una sirvienta asustada trajo la noticia que Bedshaw se había vuelto loco furioso de repente, no hacía más de media hora, y que estaba bien atado, en la cabina de caliza, donde deliraba de una batalla con una bestia gigante y feroz que había encontrado en el campo de Tichlorne. Proclamaba que la cosa, fuera lo que fuera, era invisible, y que con sus propios ojos había visto que era invisible, por lo que su florosa hija y su desesperada mujer sacudían la cabeza, por lo que él se ponía más feroz, por lo que el jardinero y el cochero apretaban las correas un agujero más.

Tampoco, mientras Paul Tichlorne tenía resultado con tal éxito, el problema de la invisibilidad, no se quedaba un paso atrás Lloyd Inwood. Respondiendo a un mensaje suyo fué a verlo. Su laboratorio está a un aislado en medio de un pequeño prado, rodeado de bosque denso, y se llegaba a él por una senda que serpenteaba y erraba como por capricho. Yo conocía de memoria cada metro de esa senda, por las innumerables veces que la recorri, así que concebí mi sorpresa cuando llegué al prado y no vi laboratorio. El característico galpón con su chimenea de caliza roja no estaba. Ni parecía haber estado jamás. No había señales de ruina, ni escombros, ni nada.

Me lancé a caminar por lo que había sido el sitio de la construcción.

"¿Aull era donde estaba la

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra, perfectamente opaca. Pero yo la evito. Un cuerpo transparente no hace sombra, ni refleja ondas de color, si es perfectamente transparente, es decir, que evitando las luces fuertes, un tal cuerpo sería también invisible."

Otra vez estábamos en la ventana. Pablo se ocupaba en pulir una cantidad de lentes que estaban ordenados en el alfilerar de la ventana. De repente, en una pausa de la conversación, dijo: "Oh, dejó caer una lente. Saca la cabeza, y mira a dónde fué a parar."

Fuó a sacar la cabeza, muy seguro, pero un fuerte golpe en la frente me detuvo. Me pasé la mano por la parte dolorida, y miré con reproche mudo e interrogante a Pablo, que reía como un niño.

"¿Y bien?", dijo.

"¿Y bien?", le hice eco.

"¿Por qué no investigas?", demandé. E investigué: extendí la mano y sentí un objeto duro, liso y suave y fresco, que mi tacto, con su experiencia, me dijo ser vidrio. Miré bien, pero no pude ver nada, positivamente.

"Arenas blancas cuarzosas", siguió Pablo como una matracaca; "carbonato de sodio, cal apagada, peróxido de manganeso, desechos de vidrio, ahí lo tienes, lo más fino de vidrio de luna de Francia, de Saint Gobain, y ésta es la luna más fina que hayan hecho allí jamás. Costé el rescate de un rey. No lo puedes ver. Ni sabes que está ahí hasta que te chocas con él."

Pero esto es cosa de química inorgánica, dirás. Muy verdad. Pero me atrevo a afirmar, aquí sobre mis dos pies, que en

Por otro lado, yo solía encontrar a Pablo Tichlorne también tan engolfado en el estudio de la luz, polarización, refracción e interferencia, simple y doble refracción, y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

"Transparencia un estado o cualidad de un cuerpo que permite a todos los rayos de la luz pasar a través", me definió. "Está en lo que busco. Lloyd tropezará siempre con la sombra



EL reverendo Arthur Maydew era un hombre que trabajaba duramente en una gran parroquia. Era muy estudioso y muy activo, pero su salud distaba mucho de ser buena, de manera que recibió complacido la oportunidad que se le presentó de ir a vivir, por un año, a Overbury en la residencia que le cedió el misterioso Roberts, señor de la parroquia de Overbury, célebre también.

Sin pérdida de tiempo transportáronse a Mr. Maydew y a su familia, que se componía solamente de dos hijas, a su tempestuoso hogar. Las dos jóvenes, Alice y Maggie, las hermanas de esta historia, tenían, en aquel entonces, veintiseis y veinticuatro años, respectivamente. Ambas eran muy atractivas, siempre ansiosas por aumentar el círculo de sus relaciones.

Las primeras semanas de vida nueva transcurrieron placenteramente para la familia Maydew. La salud de Mr. Maydew comenzó a mejorar notablemente. Sus hijas empleaban gran parte de su tiempo en recorrer, en largos paseos, la vecindad. Un día, al anochecer, volvían de una de sus caminatas. A la derecha el sendero terminaba en un valle, llamado Brickett Bottom. Allí, en un claro arbolado, se divisaba en su borde, pero más lejos, al final del valle, aparecía un espeso bosque que se extendía hasta Carew Court, el dominio de un magnate vecino, Lord Carew.

Estaban ya por doblar a la izquierda, cuando, de pronto, Alice exclamó, señalando hacia adelante:

La Casa Colorada

fué el haber conocido a los moradores de la misma. Estos eran un caballero y una señora, posiblemente su esposa. No pudo distinguir muy bien al señor, que estaba sentado en una glorieta, leyendo, pero la señora, que estaba arreglando las flores del jardín, levantó la vista y le sonrió amablemente cuando pasó. Alice estaba segura de que sería muy agradable trabar amistad con ellos.

Maggie no estaba enteramente satisfecha con el relato de Alice. Era mucho más prudente que su hermana y le asaltó el incómodo pensamiento de que, si la anciana pareciera hubiera sido simpática y deseable, Mr. Roberts la hubiera recomendado como amistad. Conociendo el carácter impulsivo de Alice, hizo todo lo que pudo para disuadirla del propósito de hacerse amiga de aquella gente.

A la mañana siguiente, cuando Alice vino al cuarto de su hermana, ésta notó que estaba muy pálida y completamente abstraída.

—¿Qué te sucede, Alice? — le preguntó. No tienes buen semblante esta mañana.

Su hermana rió con esfuerzo.

—Oh, no me pasa nada! — replicó. Únicamente que no he dormido muy bien anoche. Todo el tiempo estuve soñando con esa casa. ¡Qué sueño tan extraño! La casa parecía ser nuestro hogar y era, sin embargo, diferente.

—¿Cuál? — preguntó Alice.

—¡Qué! La casa de Brickett Bottom? Alice, tú estás completamente trastornada con esta cuestión.

—Es que me resulta tan raro que no la hayamos visto antes! Y luego, las personas que la habitan parecen muy amables. Me gustaría conocerlas.

Maggie no quiso hacer comentarios sobre el tema y Alice tampoco parecía inclinada a mencionarlo. Además, por unos días, se vio obligada a suspender sus paseos, pues el tiempo se había puesto lluvioso; pero en cuanto salió el sol, volvió a sus expediciones, cuyo atractivo sabía muy bien Maggie que lo constituía Brickett Bottom.

Un día Alice volvió de su habitual paseo en un estado de ánimo completamente exaltado. Maggie le pidió explicaciones. Alice contó que esa tarde, al llegar a la casa de Brickett Bottom, la anciana señora que estaba en el jardín había bajado hasta la puerta y le había dado las "buenas tardes". Alice cortó conversación. La señora la invitó a pasar al interior del jardín, diciendo al ver la vacilación de la joven:

—No tenga miedo, querida. A mí me gusta verme rodeada de niñas y a mí esposo lo mismo. Después de una pausa prosiguió:

—Naturalmente, nadie le habrá hablado a usted de nosotros. Mi esposo es el coronel Paxton, retirado del ejército, y hace muchos años que vivimos aquí. Nos sentimos muy solos, pues muy poca gente nos visita. Entre y conozca al coronel.

—Supongo que no habrá entrado de mal en su invitación. No entiendo por qué me hacía tarde; pero le he prometido una visita para mañana — concluyó Alice, mirando desafiante a su hermana.

Maggie estaba desesperada. No le gustaba, en ninguna forma, que Alice visitara a una gente de la cual no conocían ningún dato. Así se lo dijo a su hermana. Pero fué en vano. Alice se mostró muy obstinada.

—¿Qué daño podría sucederme? — preguntó Mrs. Paxton. Es una dama encantadora. Además, ire muy temprano a visitarla y estaré de vuelta a más tardar, a las cuatro y media. Fué con mucha tristeza que Maggie la vio partir. ¡Si hubiera podido acompañarla! Pero haciendo un esfuerzo, quizá podría llegar con ella hasta la casa. Pero Alice no se lo permitió.

Maggie bajó hasta el jardín y se sentó junto a su padre, que estaba leyendo. La tarde transcurrió tranquilamente hasta cerca de las cinco, cuando Mr. Maydew, al levantar la vista del libro y ver la preocupada expresión de Maggie, preguntó:

—¿Adónde está Alice?

—Salí a pasear... y también fué a visitar a unos vecinos que ha descubierto.

—Vecinos — murmuró Mr. Maydew. ¿Qué vecinos? Mr. Roberts nunca me dijo que tuviera vecinos.

—Este. Yo no sé mucho acerca de ellos — contestó Maggie. El día de mi accidente, estábamos caminando Alice y yo, y vimos, o mejor dicho, ella vio una casa en el Bottom. Al día siguiente volvió para mirarla más de cerca, y me confió que había conocido a las personas que la habitan: un coronel retirado del ejército de la India y su esposa. Esta la invitó a penetrar en la casa y ella le prometió que lo haría hoy.

Mr. Maydew permaneció silencioso durante un momento y luego dijo:

—No me gusta nada esto. Es una gente absolutamente desconocida. Alice no debiera haber procedido tan irreflexivamente. La conversación decayó; padre e hija se sentían incómodos, intranquilos. Una vez finalizado el te, cuando el reloj daba las cinco y media, Mr. Maydew le preguntó a Maggie:

—¿A qué hora dijiste que volvería Alice?

—A las cuatro y media, a más tardar, papá.

—¿Qué podrá estar haciendo ahora? ¿Qué será lo que la ha detenido?... ¿Dices que no has visto la casa?

—No. Estaba oscureciendo y tú sabes lo corta de vista que soy.

—Pero, naturalmente, la habrá visto alguna vez, ¿no?

—Esta es la parte más extraña del asunto. A menudo hemos caminado hacia el Bottom, pero yo nunca noté la existencia de la casa. Ni tampoco Alice, hasta esa tarde. ¡Qué te parece si dijéramos a Smith que preparara el sulky y se dirigiera hacia allí para traerla a casa? No estoy tranquila, papá. Tengo miedo.

—Miedo de qué? — con la irritada voz de un hombre que comienza a asustarse. ¿Qué le puede suceder de malo? Sin embargo, voy a mandar a Smith.

Así diciendo se levantó de la silla y se dirigió hacia donde estaba Smith, el poco inteligente ayudante de jardinero.

—Smith — dijo — prepare el sulky en seguida y vaya a lo del



coronel Paxton, en Brickett Bottom, para traer a Miss Alice a casa.

El hombre lo miró, sorprendido.

—¿Ir adónde, señor?

Mr. Maydew repitió la orden y el hombre, mirándolo estúpidamente, contestó:

—Nunca oí hablar del coronel Paxton, señor. No sé a qué casa se refiere usted.

La ansiedad de Mr. Maydew crecía por momentos.

—Bueno, alista el sulky en seguida — dijo, y volviéndose hacia donde estaba Maggie le refirió lo que le había dicho Smith y le preguntó si se sentía lo suficientemente fuerte como para acompañar a él y a Smith hasta Brickett Bottom, en busca de la casa. Maggie respondió afirmativamente y en pocos minutos el grupo partió. Era ya bastante tarde cuando llegaron al Bottom. Al entrar al valle Mr. Maydew y Maggie miraban ansiosos a todos lados, mientras que Smith guiaba el coche con su cachaza habitual, sin mirar a ninguna parte.

—¿Adónde está la casa? — preguntó Mr. Maydew.

—Allí, donde el camino dobla — contestó Maggie, el corazón saltándole dentro del pecho. El coche llegó al recodo y se detuvo. Debiera estar aquí — murmuró, sin fuerzas, Maggie.

Allí el camino doblaba hacia un llano, en el que al contrario del resto del lugar, había una ausencia completa de árboles. Una inspección más detenida les demostró que allí había existido alguna antigua edificación; pero de la casa no había rastros.

—¿Es este el sitio? — preguntó Mr. Maydew. — Maggie asintió con la cabeza.

—¿Pero aquí no hay ninguna casa? — prosiguió el padre. — ¿Qué significa esto? ¿Estás segura de que no te equivocaste, Maggie? ¿Adónde está Alice?

Antes de que la desesperada muchacha pudiera contestar, se oyó una voz que llamaba:

—¡Papá! ¡Maggie! El sonido de la voz era dulce y cosa extraña; se oía muy cerca y al mismo tiempo muy, muy lejano. El llamado fué repetido tres veces y luego cesó. Mr. Maydew y Maggie se miraron conternados. Esa era la voz de Alice — dijo Mr. Maydew, con voz ronca. Está muy cerca y parece que lo sucede algo. ¿De dónde le parece a usted que viene, Smith? — preguntó, volviéndose al jardinero.

—Y no oí ninguna voz — dijo el hombre.

—¿Estúpido! — murmuró Mr. Maydew.

Maggie y él comenzaron a llamar: ¡Alice! ¡Alice! ¿Adónde estás? No hubo respuesta.

Entonces, Mr. Maydew, encomendando a Smith el cuidado del coche, se lanzó, junto con Maggie, hacia los bosques, revisando todos los rincones, llamando continuamente. No vieron ni oyeron nada y después de inútil búsqueda Mr. Maydew envió a Maggie, con el coche, a lo de unos colonos vecinos, en busca de ayuda, mientras él y Smith quedaron revisando los alrededores.

La muchacha fué lo suficientemente afortunada como para encontrar a Mr. Rumbold, el granjero, en casa, con sus dos hijos. Les expuso el caso y, aunque con una expresión de extrañeza en sus semblantes, se dispusieron en seguida a formar parte del grupo y volvieron al valle, provistos de linternas. De nuevo comenzó la búsqueda, pero resultó completamente infructuosa. Ni rastros de la muchacha se encontraron. Uno de los Rumbold se ofreció a llevarse hasta la ciudad a notificar a la policía. Maggie, a pesar de su enorme angustia, hizo todo lo que pudo para consolar a su padre, diciéndole que tal vez Alice hubiera tomado, al volver, el camino de los cerros, mientras ellos iban por el llano. Quizá los había divisado desde allí arriba y a esa se deberfan los llamados que oyeron. Sin embargo, cuando llega-

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks

CON ESTO TENGO PARA CUMPLIR CON EPICURO, BRILLAT SAVARIN, Y OTROS APOSTÓLES DEL BUEN COMER Y MEJOR YANTAR

LA ALIMENTACION ES LA BASE DE LA ESPIRITUALIDAD UNA FRASE INGENUOSA NACE GENERALMENTE DE UN BUEN CHORIZO

VENGO A DEVOLVERLE SUS MIXTURAS. IMPIDEN EL TRAFICO TRANQUILO.

¡OH!

AQUÍ HAY VALIOSOS INSTRUMENTOS DE FISICA. LOS GARBANZOS AL GRATÉN SE PREPARAN CEREMONIOSAMENTE.

PROSEGUID. ECHESE 10 CENTAVOS DE GOMA LACA EN EL HIGADO DE UN POLLO MELANCOLICO.

ME PONGO TRISTE. PERO NO ME DEJAS APRENDER LA RECETA.

"BÁTASE LUEGO HASTA QUE LA CLARA FORME UNA PASTA PARECIDA A LA LAVA PETRIFICADA DEL VESUBIO"

¡OH... MAR IMPOLUTO! ¡ESTA LOCA!

TE CONMINO A QUE ME DEVUELVAS LAS MIRADAS QUE TE HE DIRIGIDO. ¡OH! ESTA HABLANDO CON NEPTUNO.

¡YA VERÁS!

SAL FUERA, IDIOTA. ¡POBRE CAPITAN. NI BAJO EL AGUA ESTÁ QUIETO.

¿TE GUSTA ESTE MODELO DE MADAMOISELLE PARECE QUE LA GALLINA ESTÁ POR CACAREAR.

VOY A CAUSAR SENSACION

PREFIERE SUICIDARSE

¡PLUM!

ron a su casa no encontraron a Alice y aunque al día siguiente la búsqueda se hizo más amplia con la colaboración de la policía, todo fué inútil. Alice no se encontró jamás. El último ser viviente que la vio fué una anciana que la había encontrado bajando al valle, en la tarde de su desaparición y la describió como "contente pero muy rara".

Este es el final de la historia, pero los párrafos siguientes podrían arrojar un poco más de luz sobre el asunto. El relato de la desaparición de Alice llegó bien pronto a oídos de Mr. Roberts, cuya desesperación no tuvo límites al enterarse de lo sucedido. Retornó a toda prisa a Overbury, dispuesto a ofrecer toda la ayuda posible a su amigo. Una vez que los Maydew le contaron los detalles del caso, se sentó, quedando pensativo por un rato. Luego dijo:

—¿Han oído ustedes alguna vez algo acerca del coronel y su esposa?

—No — replicó Mr. Maydew. No conocí ese nombre hasta el día de la fatal visita. De mi pobre hija.

—Bien — dijo Mr. Roberts — les contaré todo lo que sé, aunque temo que no sea mucho. Yo ahora tengo cerca de sesenta y cinco años de edad y en sesenta años no ha existido ninguna casa en Brickett Bottom. Pero cuando yo era niño había una casa de ladrillos rojos, que se levantaba en un jardín, tal como ustedes la han descrito. Sus propietarios y a la vez habitantes, eran un oficial retirado del ejército, coronel Paxton, y su esposa. En aquel entonces, habiendo sucedido ciertas cosas en la casa y habiendo muerto la pareja, la casa fué vendida, por los herederos, a Lord Carew, quien, al poco tiempo, la hizo echar abajo. Mi padre conocía muy bien al matrimonio; que era bastante popular, aunque se decía que el coronel tenía un carácter violentísimo. Se sabía que la hija de ambos, Miss Paxton, estaba comprometida con un joven a quien los Paxton aborrecían. Usaron de todos los medios posibles para romper el compromiso y se murmuraba que hasta emplearon crueldad para conseguir su intento. Yo no conozco la verdad. Todo lo que puedo decir es que Miss Paxton murió y la gente comenzó a tomar antipatía a sus padres. Mi padre, no obstante, continuó visitándolos, aunque rara vez lo admitían. No volvió a ver al coronel después de la muerte de su hija y a la señora la vió solamente dos veces. La describía como a una mujer completamente agotada por el sufrimiento y no se extrañaba cuando, antes de tres meses, siguió a su hija a la tumba. Al mes murió el coronel. Parece que se suicidó, yo no estoy seguro. Enterraron a los tres en la iglesia local. Luego, como dije, la residencia fué adquirida por Lord Carew, quien ordenó que la echaran abajo. Eso es todo lo que sé — concluyó.

—Sin embargo, debe haber algo más — sugirió Maggie.

Mr. Roberts vaciló durante un momento.

—Después de todo — dijo — tienen derecho a saber lo demás. Pero lo que voy a contar se basa en rumores. Unos cinco años después que la casa fué destruida, una joven, perteneciente al servicio de Lord Carew, estaba paseando por los alrededores. Errócién vendida al lugar. Cuando volvió a la casa, a la hora del te, les contó a los demás sirvientes que, al bajar por Brickett Bottom, lugar que describió claramente, pasó por una casa de ladrillos rojos en la que había una señora que le invitó a pasar al interior, por un rato. Ella no se acordó, no porque sospechara nada, sino porque temía llegar tarde a la hora del te.

Dos o tres años más tarde, un viajante, junto con su señora y su hijo, acamparon, una noche, al lado de Bottom. La niña se alejó para recoger unas moras y nunca la volvieron a ver.

Jornada de Hambre

El desocupado llegó hasta la esquina enclavada en el corazón de la metrópoli. Alto, moreno, muestra sin poderlo evitar, a través de la telaraña inverosímil del saldo de camisa que lleva puesta, un pecho musculoso y de fuerte expansión.

Frente a él, sobre la acera epueta, se alza un enorme rascacielos, gris, grácil, abrigado, lleno de ventanas iguales que exhiben, en su mayoría un rojo letrero de alquiler. El muchacho cuenta los pisos y antes de llegar con la vista a los últimos ya está con la boca abierta y con los músculos del cuello en tensión, congestión del rostro y olvido del tráfico que llena de aceite y de grueso humo la avenida.

Después peina el corión de la esquina céntrica con el pie pasado, aplomado, seguro de que ninguna catástrofe mayor puede sobrevenirle. Cansado ya del paisaje, examina su desfilada indumentaria y se detiene en la contemplación de su saco tuerto, en el cual el único bolsillo se aferra a un alfiler de gancho, para no abrirse totalmente en una tremenda herida que se descolga del broche.

Está allí, en esa esquina populosa, frente a un palacio desahogado, porque no puede albergarse en la más lóbrega fonda. Los niños pasan a su vera hablando de golosinas o de cosas enormes; los juveniles comentan nerviosamente los deportes y miran con ojos lánguidos a las muchachas tentadoras, recordando quizá el último libro pecaminoso que cayó en sus manos; los hombres lo empujan involuntariamente y suspenen la enunciaci3n de una cifra para ensayar una disculpa que nunca llega. Toda la ciudad, todo el mundo pasa cerca del desocupado que está en la esquina. Y él no sabe si ese pueblo es distinto de los otros pueblos del Universo; él no sabe siquiera cómo es ese mar de pies que castiga la vereda de su asilo.



nuevas, dinamizadas por tanta injusticia palpable, por tanto crudo privilegio de los ricos que había sido sus patrones y de los que eran patrones de tantos oprimidos en la explotación y en la miseria. La nueva situación le agudizaba el sentido de su verdadera rol social y al hacerse presuntir con mayor claridad su función de proletario, del hombre que produce, iniciaba en él una etapa evolutiva que le hacía recordar, cuando pensaba en eso, la línea roja que habían colocado sobre su nombre escrito en el libro de jornales.

Comprendió con la experiencia del ayuno que mientras él, que había trabajado todos los días de su vida, sufría hambre,

quienes vivían y se beneficiaban burguesamente con su labor se mantenían a cubierto del aspecto frecuentado. Fue aprendiendo también que la solución no la traen las horas que pasan y que el obrero con trabajo de hoy puede ser el obrero desocupado de mañana, sin perder por ello su característica esencial. Quedó contento con este ingenuo descubrimiento y ya no se avengonó, como hasta entonces, de su condición de hambriento desocupado; antes bien, recibió una nueva fuerza moral que le dió la certidumbre de que aunque anduviera solo por las calles, molido y desesperado, estaba dentro de una gran masa de la cual no podía ni queja escapar. Un sentimiento nuevo, velado, tímido, taladrante a la vez, ocupaba el lugar de aquel primer estado de ánimo. Y ya el hambre le resultó más liviana y llevadera, aunque siempre le seguía tironeando de las tripas, en un reclamo insistente y doloroso.

Un día cayó en sus manos un volante que apretaba palabras de grato sonido para él. Dificultosamente fue descifrando conceptos de amplitud insoportable, dirigidos a los explotados que se destruyen en los talleres y en las fábricas. Las palabras fueron como un aire fresco que se colaba por los intersticios de su aislamiento obligado por la vida que llevaba hasta entonces. Lo trastornó un poco, al principio esa relación de penurias que se le arrojaban toda su biografía y al comprender que su caso no era original ni tampoco el más terrible, se convenció definitivamente de que él y todos sus iguales camaradas, eran una masa prisionera que rugía.

De pronto se alegró con una risa inédita al recordar que era un hombre fuerte, joven, musculoso, casi atlético y que, sin embargo, estaba perdido como una muchacha suémen y sola entre las mil calles de la ciudad. Le pareció entonces, que a sus años se hallara de pronto con tres días sin hacer boca y con una capa de roña sobre su anatomía. Se rió de furia, pero en silencio, al decirse que era fuerte por sí mismo, porque podía agarrar sus puños y sus gritos a los puños y gritos de todo un mundo disperso que hasta entonces no había visto sino en actitud de exhibir su angustia y sus llagas. Estaba deslumbrado con su nueva posición de ser potente que despierta y que, al despertarse, siente la fruición de todo el castigo recibido, que le ha servido para mostrarle que la vida es bella, que la vida es lucha, que la vida es justicia final.

Experimentó de pronto la nostalgia de las nueve letras del ritual del volante llegado a sus

manos y se apoderó de él el cierto desasosiego y confusión cuando tuvo que aceptar que la nostalgia venía de algo que nunca había conocido y que llegaba hasta su cerebro y hasta su ira como un descubrimiento enervante.

Recordó todo su pasado, fué viviendo de nuevo los días de inabarcable trabajo y de estrechos y miseria, que imponían a muchos de sus compañeros la necesidad de emborracharse los domingos; abarcó el panorama develado a sus ojos nuevos y fué entonces caer ante sí, como un peso muerto, aquella mentalidad liberal caótica con que el político idiota y el estadista idiota le habían ido empujando hacia la oscuridad donde vive la clase productora. Y nunca como entonces le pareció más exacto, más cercano, más reconfortante, la seguridad ignorada por él hasta hacía poco de que la liberación de los trabajadores no pueda depender más que de los trabajadores mismos.

En medio de la barandilla del tráfico de aquella esquina céntrica, frente al coloso rascacielos que le habla de colores desconocidos por su clase, el desocupado se despojó de lo falso de su espíritu a causa de no haber podido despojarse, en muchos meses, de camisa.

Después arranca de la esquina su paso traquillo y lleva su figura a que borde miserias en las vidrieras de los ricos magazines y en los manteles de los restaurantes. En su recorrida callejera se encuentra como invariablemente lo acontece, con hombres zamburcos con niños de una seriedad fría y dolorosa y con mujeres desencajadas y harapientas.

Antes se había preguntado: "¿Quiénes serán todos estos?" Solamente sabía que la mirada vagaba del vigilante empujaba a todos esos menesterosos fuera del radio donde la ciudad burguesa vuelva sus legiones patrióticas y cristianas. Ahora comprende que todos esos fantasma, tienen con él un nexo; con él, que parece otro fantasma. Y en esa calle, inmensa camino de tortura y desolación, agitado como un látigo epiléptico, halla por primera vez a sus camaradas. Y otra vez las nueve letras del ritual del volante lo sacuden con insistido vigor.

El muchacho desocupado sigue su camino. Sale que allá, quien, ni dónde le ha informado que allí hay una casa llena de carteles y de figuras en cuyo interior algunas señoras bien vestidas ocupan media hora diaria en dar comida a los necesitados a cambio de fotografías de exhibición filantrópica en los grandes matutinos. Saturadas de una plácida har-



genería llegan a ese gran comedor para los proletarios sin trabajo y para los vagos sentimentales, a fin de matizar su aburrimiento en una falsa apariencia de inquietud.

Habría deseado no hallar el comedor proletario atendido por las entremesadoras flamas; pero su instinto lo lleva hacia el asombrado el ansia desde el fondo de los ojos melancólicos y profundamente en la cara.

Siente rabia de tener hambre, pero se da cuenta que, pese a su voluntad, trá a caer inerte e indefenso ante un plato de rústica sopa. Y mientras camina en dirección de la mesa beneficiencia quiere huir de la perspectiva como de una alucinación mortificante.

Pasando entre gente de todo jaez y catadura, ve cruzar hombres que llevan retratado el ayuno y que, seguramente, no saben dónde hallar el sustento precario. Con una sola palabra suya esos hombres lo habrían seguido, yendo en pos de él al encuentro de las nuevas hadas buenas de la galería social. Más no quiere llamarlos, gritarlos que él sabe dónde hallar comida y comida de él, y los deja perderse en la calle sombría, maldiciendo al comodido que le ha facilitado la ubicación del comedor.

Delante de él, un anciano se hallaba estacionado, dándole la espalda, y al oír pasos humanos giró rápidamente en actitud y ademán de pedir, pero al ver al desocupado su rostro muestra un gesto de ironía y condescendencia. El muchacho pasa sin apurar el paso, sonriendo desde su garganta resaca.

Al fin llega al extremo de la calle y entonces le parece que no hubiera podido caminar más. Es mentira. Dobra hacia la izquierda y se halla frente a un enorme afiche y ante una angosta puerta por la cual se llega a la ancha caridad prero-

Afuera, una breve hilera de coches lujosos dice que las providenciales damas han concurrido ya al sentimental acto de dar juego a feroces mandíbulas. Junto a los autos, una trágica y desgarrada fila de hombres oscuros y mujeres raras, con el gesto paciente y la mirada vaga, espera el momento de entrar en la casa del hambre. El desocupado los observa un instante, a través del velo de la tarde que cae, y se compadece de ellos, iratiéndose ante esa rasividad que los hace aguardar sumisamente la orden de pasar a comer. En seguida se apodera de él una rabia impetuosa, no obstante lo cual se encamina en dirección del último de la fila para entrar cuando le llegue el turno.

Una vieja se lamenta cerca del hombre y éste piensa que forma un contraste doloroso, por su fuerza y edad, con la anciana débil y pequetita que tiene el lamento como única arma de protesta contra el destino que la sociedad le ha reparado. El está en la misma fila que ella, reducido igualmente a recibir el plato que le servirá una gentil damita dedicada al novedoso deporte que viene a quebrar la monotonía de las jornadas de golf o de bridge. Mientras tanto la anciana habla de sus nietos, del hijo enfermo postrado en cama, del casero que quiere despedirlos como a perros, de su eurenmia y de su conjuntivitis aguda. El muchacho siente deseos de arrimarse a ella y ponerla bajo su pecho, pero esto dura un solo segundo, pues en seguida se cansa de oír y le grita: "¡Cállese!" La vieja enmudece; nadie habla, nadie mira.

Al fin se abre la puerta del comedor y los hambrientos van entrando en pequeños grupos, reciben las vasijas y los platos de latón llenos de alimentos y se agrupan en el fondo del recinto para devorar en silencio, echados sobre rústicos bancos. El muchacho desocupado es el último en entrar y, al traspasar la puerta ve los grupos de camaradas y oye el concierto de los carrillos en plena acción de triturar y sorber. Los rostros ausentes dan la impresión de un gran silencio en esos seres que mastican con todos los dientes a la vez.

El desocupado se halla de pronto frente a una mujercita bella, joven, sonriente, perfumada, bien alimentada; la mira furtivamente y se excita ante su limpieza y ante sus veinte años que se despiden como un abanico de tentaciones. Ella tiene en una mano un humeante plato y en la otra un pañuelo oscuro, precario, empujado, que sobre el guante blanco parece un extranjero inverosímil. El muchacho distiende sus garras y se apodera del alimento y, sin dar las gracias, mira furtivamente a la burguesita.

Hace un calor sofocante. Las mujeres muestran sus cuellos descotados y sus brazos libres de vello, haciendo ya los preparativos para la retirada. Van lejos, vuelven a su mundo y el desocupado sabe que sólo basta que vuelvan la espalda para olvidar la miseria de ese escenario.

Elas se irán en seguida — medita — y se irán limpias y ufanas. Y ya también marcharán, llevando mil rotas de paseo por cualquier calle. Y mañana será lo mismo y pasado también, y después también, y siempre también. Siempre, siempre, si sigo como un idiota esperando que me traigan un latón lleno de sopa. Y me lo traerán y yo lo comeré; y aprenderé después a dar las gracias y me acostumbraré a encontrar generoso el gesto de estas mujeres. Y me empezará a nacer

una cola y yo la moveré graciosamente en señal de alegría." El desocupado piensa en todo esto mientras mantiene en sus manos el plato y el increíble pañuelo. No come, porque un sentimiento, una idea, una fumaría le suelta una con otra las mandíbulas.

El ambiente está cargado de emanaciones que forman un muro infranqueable a los exquisitos perfumes de las señoras. En esos momentos al desocupado le parece que tiene mil cerebros que recuerdan todo, el calor del humo de la sopa; mil ojos que ven hasta el detalle más insignificante de su vida; mil bocas que pugnan por encontrar una palabra que grafique su concepto de la sangrienta farsa. Pero sólo tiene dos brazos ocupados en la tarea de mantener en equilibrio el desmenuado plato y la testada levadura, atados a una miseria que lo había obligado a traspasar la entrada del comedor al lado de una vieja desdentada y quejosa a quien sólo le queda fuerza para pedir socorro de cobardía.

Los compañeros se van hartando y el continúa sin desfiar su tres días de ayuno, pareciéndole que así como va a languidecer la deslumbrante re-

POR Oscar Ormazabal Ilustración de Trinas Fox

bedía que ha encontrado "ace tan poco tiempo en las fuerzas de su propio ser. Y el hombre cuido su rebeldía como una llama invicta.

Después, sin gestos, casi sin proponérselo, me deditamente, toca con una rodilla la espalda de la viejita que ya ha jugullido su porción y, sin palabras, casi sin mirarla, extiende los brazos en su dirección. La mujer lo mira y se apodera de los alimentos sin comprender el motivo de tan extraña generosidad.

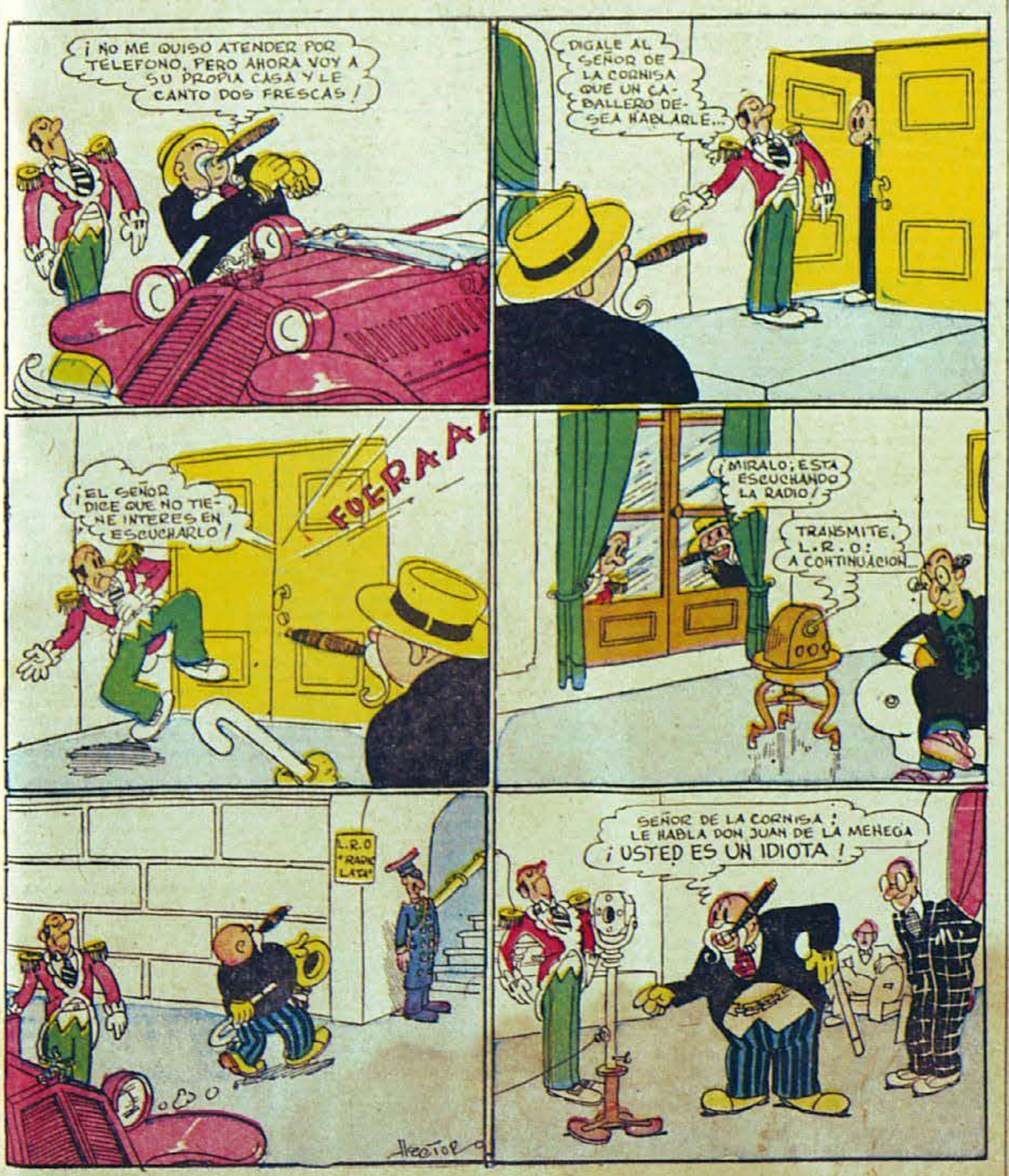
El muchacho sale despaesadamente, metidas las manos en los bolsillos sin fondo. Antes de recuperar la puerta de salida, pasa al lado de la muchacha que le ha servido la comida y aspira el perfume de sus ricas lociones y capta un soplo de sensualidad y odio.

¿Es rebeldía quedarse sin comer en estas circunstancias? — se preguntó — mientras sorteaba los autos inmóviles. No uno contentarse, pero no se arrepintió de su actitud. Por lo demás, una rabia, que le hacía sonreír como si quisiera morderse los dientes, lo incapacitaba para pensar si había obrado bien o mal.

Y siguió su camino, el camino indeterminado, el camino sin senda, el camino lleno de vigilantes que ahora le mostraba en su final una meta.

Allá lejos, detrás del rascacielos desahogado, la noche erguía su busto joven.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodriguez



Museo de la Confusión



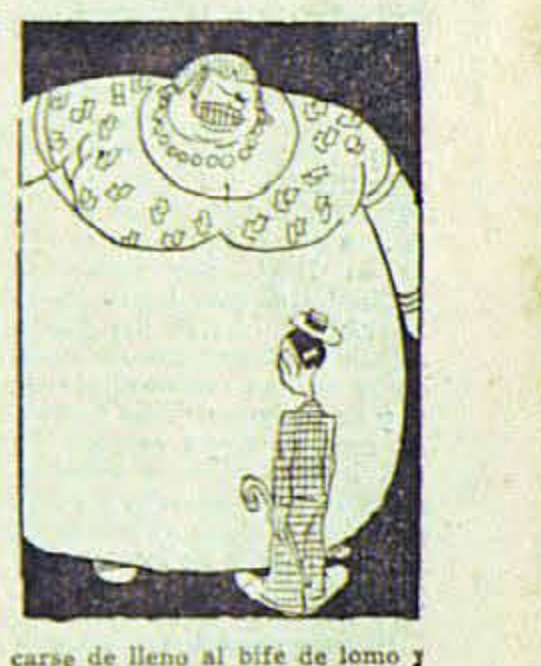
A las 9 el director de la carcer, don Héctor Calegari, dió orden de partir al bote zorro — una chalana doble par simión — que llevaba a proa la "cola" de rigor.

Para ventaja de muchos zorrinos, bull-dogs, bueyes de almizcle y otros sahumeros maravillosos, la cola de rigor se ha llevado siempre en la popa, como recomienda Popea, evitando las cercanías con el mascarón de proa, la cornucopia, y la vera efigie.

El sábado 31 de marzo, viéras de carreras, en un diario burrero de la tarde hallé la siguiente noticia:

Cachetero cumplirá su compromiso en condiciones de aportar una nueva victoria a su caballería, máxime si, como se espera, lleva sobre sus ancas la dirección del jockey I. Leguísamo.

Este Himeno Leguísamo es un loco. Todavía no ha perdido las costumbres de viajar en el pescante, dirigir desde la plataforma la yunta anglo-argentina y hacer de timonel en la piragua. Reminiscencias del tífuri, del tranvía a caballo y de la góndola de oro en las arenas movedizas que le impiden dedi-



carse de lleno al bife de lomo y a la señal de la Cruz.

De lo que fueron los santos en el mundo, nos instruye de vez en cuando cierto novelismo semanal. En uno correspondiente al 2 de abril, le toca el turno a San Francisco de Paula, fundador. Me enteró de los siguientes milagros y proezas:

Allí hizo brotar una fuente de agua, de la cual tenían necesidad los operarios; allí metióse en un borno de cal y cerró las grietas de él sin recibir lesión del fuego; allí sostuvo un gran peñasco que amenazaba desplomarse sobre el convento; allí le trajeron un hombre para que el tanto le curase la pierna, y el santo mandó al enfermo que no se podía mover, que cargase con un andamio, como lo hizo.

Que el santo se haya dedicado a la irrigación con apertura de canillas y bocas de tormenta; que le diera por calcinar a sus detener cantos rodados, acorlitos, piedras imanes y otros desprendimientos, hasta cierto punto lo halló razonable, pero que se aprovechara de sus poderes amplios para explotar parálisis y entumecidos convirtiéndolos en piedras movedizas del Tandil al único objeto de que le acarreasen chapas de zinc, tirantes, cimientos y baldes de cal viva, me parece una extralimitación irritante e indigna de tan santuario.

POR Anímula Vágula

Se ha hablado largamente de la sordera de Beethoven como del caso típico de un mal físico que obstruye la creación espiritual. Pero hubo otros casos, poco conocidos o ya olvidados, similares al de Beethoven y tan terribles como éste. Es buena recordarlos. Y este es nuestro intento. Y no solamente nos referimos en este caso a artistas, sino también a sabios y escritores. El caso particularísimo de Newton y su perro lo referimos para pintar la paciencia y dulzura de carácter del gran matemático.

El dedo de Schumann

El gran músico de los lieder había soñado desde pequeño con ser un gran concertista. Era una asombrosa pasión que lo dominaba en este sentido: estudiaba a todos horas, trabajaba casi con desesperación. Hacía largos ejercicios de digitación y se enfocaban en el estudio de los primitivos músicos. Hubiera enloquecido si por una razón económica hubiese tenido que desahucarse de su piano. Pero, entonces ocurrió la tragedia. Una infección le comió un dedo de la mano derecha. Aquello era una inmensa desgracia para un pianista.

Roberto Schumann pasó días terribles hasta que consiguió sobrepasar al mal irremediable. Se decidió a escribir música y a escribir en el tema de los hermanos y pequeños poemas místicos que son hoy joyas de la literatura. Se dedicó, asimismo, al comentario artístico iniciándose en un diario de Leipzig.

Sus elegantes y profundas escañones, la delicadeza de su pensamiento lírico, la limpia claridad de su técnica, su templeamiento dolorido e irónico, le granearon una decidida admiración hasta su personalidad.

Schumann había conseguido vencer al mal que hubiera sido su ruina total sino hubiera mediado su extraordinario temperamento y su firme pasión artística. Dejó de ser el gran pianista para transformarse en el gran músico. Y ésta es la lección del músico de los lieder.

Hace poco sucedió un caso parecido que la ciencia médica argentina supo salvar a tiempo. Ese gran intérprete y comentarista de la música moderna que es Ricardo Viñes, llegó de Chile con una peligrosa infección en un dedo de la mano derecha. Los cirujanos eran de opinión que solamente la amputación haría desaparecer el mal que podía tener irradiaciones sobre todo el organismo. La consternación cundió entre los admiradores y amigos del pianista español. En esas circunstancias angustiosas un radiólogo de nota insinuó la conveniencia de la aplicación de rayos ultravioleta. Se comenzó el tratamiento y enseguida fue sensible la mejoría hasta que la curación fue total. El progreso de la ciencia impidió, pues, que se repitiera el caso de Schumann.

El temblor de Poussin

Los últimos años de existencia del famoso pintor Nicolás Poussin fueron trágicos, dolorosos, sombríos. Había nacido en 1594 y murió en 1665. En 1628 fue herido por unos soldados italianos cayendo gravemente enfermo después. En esa circunstancia fue curado por Francisca Dugé y por su hija Ana María con quien se casa en 1630. Recordemos su autorretrato que figura en el Museo del Louvre. Su frente amplia y fuerte, sus ojos de ágata tienen un mirar dominante y duro como el Gran Condé, su cara de óvalo termina en una barbilla firme y voluntariosa, su nariz aguileña y grande imprime cierta rudeza a su semblante, mira de frente y sugestión.

Poussin era así, voluntarioso y dominante, y un poco fríasco. Como Shakespeare y como Cellini sabía estar a punto para armar una gresca. Pero, a pesar de su carácter violento y apasionado, era el filósofo de la pintura y el pintor del pensamiento. Sus cuadros son vastos mundos donde lo antiguo revive al influjo del matiz y de la línea. Ya se contemple "El Parnaso" que está en el Museo del Prado, el paisaje de la campiña romana que figura en el de Berlín o el Triunfo de Flora del Louvre, siempre se comprueba en él la robustez intelectual, el asombroso don de la composición, el señorío con que supo disponer señorialmente de las figuras y del paisaje.

Cuando se le encargó la decoración del Louvre se rendía un acto de estricta justicia con su personalidad. Pero un día de esos en que el gran artista estaba delineando una Venus, un filósofo o un guerrero, un temblor nervioso le acometió por primera vez y no le abandonó jamás. Esto llegó a desesperarlo. Así pasó diez años que fueron de tortura la más horrible que uno pueda figurarse. El artista "veía el cuadro", estaba seguro del matiz; pero le era en absoluto imposible imprimir con firmeza una pincelada sobre el lienzo. Así tuvo que dejar algunas obras inconclusas. Cuando murió en 1665, puede decirse que terminó para él únicamente su sufrimiento; pues la

El dolor físico y el genio

gloria había levantado para siempre sobre el mundo la belleza de su obra.

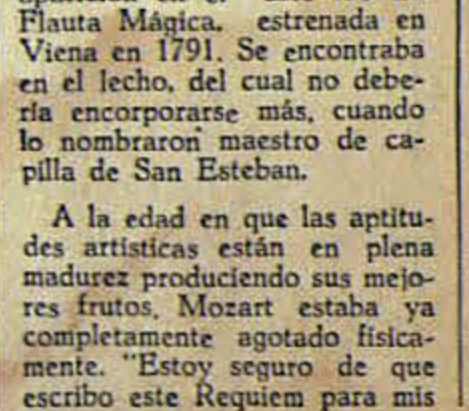
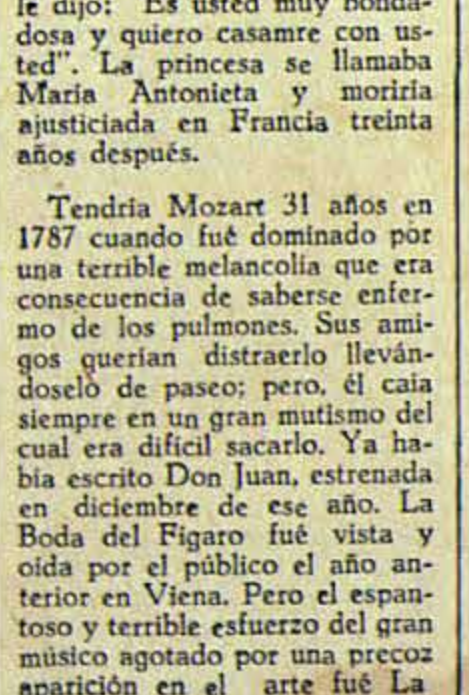
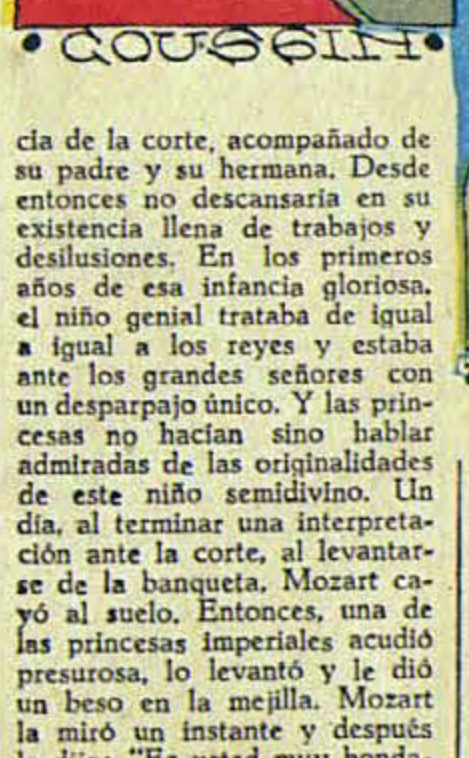
La precocidad de Mozart

La extrema precocidad de Mozart le trajo los males de cuyas consecuencias sucumbió. No hay un caso comparable al del hijo del violinista de Salzburgo. El gran artista nació el 27 de enero de 1756. Ana María, su hermana, tenía cinco años más que él y los dos demostraron admirables disposiciones musicales. Mozart, a los cuatro años, sabía de memoria los pasajes destacados de las obras que ejecutaba su hermana. Puede decirse que la vida artística comenzó para él el 18 de enero de 1762, fecha en que se dirigió a Viena, residen-

propios funerales", dijo cuando comenzó a componer una composición de esta índole que vino a pedirle un desconocido y por la cual le pagaron de antemano cien ducados. Llovía demasiado el día que lo enteraron y sus amigos abandonaron el acompañamiento a la mitad del trayecto al cementerio; solamente su fiel perro blanco llegó tras del coche fúnebre hasta la tumba. Dolorosa vida llena de soledad, en la cual, por reversión total de lo que corresponde a cada época, no hubo ni infancia, ni juventud, ni edad madura.

Las distracciones de Newton

Se habla mucho de la manzana de Newton, que después de todo fue una invención de Voltaire el cual quiso mal al gran sabio. A los 18 años se le encendió la vista a Newton y se enamoró perdidamente de miss Sturley que quería a otro hombre. Desde entonces, hasta los 85 años, fecha en que murió, el gran hombre se entregó pura y exclusivamente a la ciencia. Transcurrió su vida en una tranquilidad sin conno-



Tanto de córcova atrás adelante Alarcón tienes que saber, es por demás de donde te corcovienes y a dónde te corcovas.

La córcova de Alarcón es, podemos decir, el símbolo de la maledicencia y acritud con que los literatos se tratan los unos a los otros. Esta es una costumbre que los sudamericanos han heredado de los españoles. El odio y la inquina, la burla y el desprecio han sido siempre los matices dominantes de las relaciones entre los colegas literarios. Con Alarcón adquirió esta costumbre una verdadera furia al hacerle víctima de los insultos y los desprecios más inconcebibles.

No es posible que en la historia literaria de ningún país de la tierra haya un caso análogo al de Ruiz de Alarcón; se creyó por momentos que este hombre desesperado hubiera huido de España en busca de pais más amable y más humano.

Luis de Velasco, presidente del Consejo de las Indias, personaje de por sí no solamente por el alto puesto que ocupaba, lo protegió largamente, excitando quizá, por ello más aún si es posible, la envidia torva de los otros. Tal era el desprecio que por él se tenía que incluso se llegó a negarle la paternidad de sus obras adjudicándolas a Lope de Vega, creaciones admirables como "La Verdad Sospechosa". Se llegó a creer que este odio estaba exacerbado por haber nacido Alarcón en México y no ser netamente español. Pero esto no pasa de ser una simple conjetura. Lo verdadero y lo cierto es que ningún jorobado ha tenido que soportar más desdichas por su joroba que Alarcón.

Conclusiones

El temblor de Poussin, la falta de un dedo de Schumann, el dolor de espalda de Mozart, los olvidos terribles de Newton, la córcova de Alarcón produjeron a estos hombres famosos torturas y molestias que en determinados casos fueron superiores a las que sufrió Beethoven con su sordera. Poussin, por ejemplo, debe haber sufrido más que el sordo de Bonn cuando cayó en la cuenta de su imposibilidad absoluta para pintar; la vida de Alarcón habrá sido algo insostenible en todo sentido. Y no digamos nada del pobre Newton que de pronto se encuentra con que su perro ha dado cuenta de todos sus manuscritos incendiados con una vela dejada distraídamente por el sabio. Pero, como podrá advertirse, en ningún caso, salvo en el de Poussin, estos defectos físicos, estas contrariedades tuvieron el poder de hacer fracasar la creación artística o científica.

Y en el caso de Schumann adquiere un valor curiosísimo el autor del "Carnaval" se convierte en compositor y deja la interpretación en cuanto se ve imposibilitado para ello.

Son los casos especiales en los cuales no han reparado los comentaristas. He querido citar algunos casos. Hay muchos otros menos importantes ya sea por la categoría de las personalidades como por la influencia que tales incomodidades han podido tener el espíritu de las mismas. Pero no está demás recordar a estos hombres que a pesar de todo tuvieron como lema el verso que Beethoven tomara para una de sus sonatas: "Por el sufrimiento hacia la alegría".

La córcova de Alarcón

No hubo hombre en la literatura española más odiado ni más vilipendiado que Juan Ruiz de Alarcón. Poseía la virtud diabólica de crearse enemigos sin que para ello hiciese nada para ello. Salvo su protector Velasco y uno que otro compañero de letras, nadie consideraba en serio la obra del gran dramaturgo; todo el mundo tenía en la joroba del autor de "La Verdad Sospechosa" un tema de sátira y de epigrama. Desde Lope de Vega al último, comparsa de la literatura, todos se creían con derecho de zaherir y maltratar al dramaturgo más universal que haya tenido España. Hasta su muerte quien debía dar informe oficial de su fallecimiento y dejar constancia de ello en documentos públicos, se refirió a su joroba tanto como a sus obras.

Murió don Juan de Alarcón, poeta famoso, así por sus comedias como por sus córcovas, y relator del Consejo de Indias". Esta fue la noticia que sobre el poeta encuentra y transcribe el cronista Péllicer. Este aborrecimiento, esta continua tortura, consiguieron agriar el carácter de la víctima; pero no influir en el espíritu y sentido de la obra que se iba haciendo cada vez más humana y más lírica cuanto más enconados eran los ataques. En el fondo era un optimista; sus obras traducen una confianza en la vida. En la época que más atacado era escribió "Ganar amigos"; pero ella no hizo más que acrecentar la antipatía que por razones completamente desconocidas le tenían sus colegas. Y así fue que le encajaron aquellos versos que decían:

Tanto de córcova atrás adelante Alarcón tienes que saber, es por demás de donde te corcovienes y a dónde te corcovas.

La córcova de Alarcón es, podemos decir, el símbolo de la maledicencia y acritud con que los literatos se tratan los unos a los otros. Esta es una costumbre que los sudamericanos han heredado de los españoles. El odio y la inquina, la burla y el desprecio han sido siempre los matices dominantes de las relaciones entre los colegas literarios. Con Alarcón adquirió esta costumbre una verdadera furia al hacerle víctima de los insultos y los desprecios más inconcebibles.

No es posible que en la historia literaria de ningún país de la tierra haya un caso análogo al de Ruiz de Alarcón; se creyó por momentos que este hombre desesperado hubiera huido de España en busca de pais más amable y más humano.

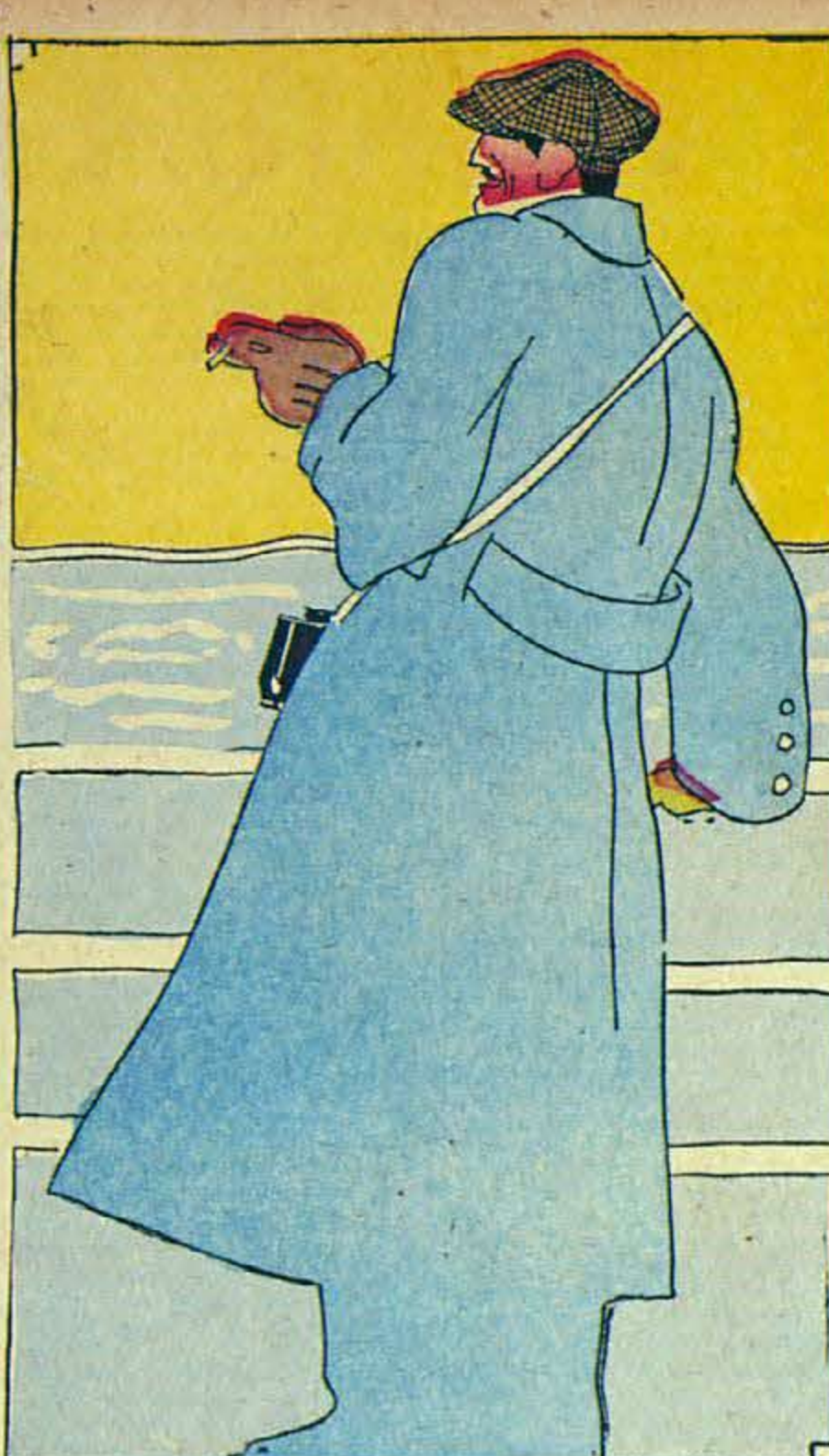
Luis de Velasco, presidente del Consejo de las Indias, personaje de por sí no solamente por el alto puesto que ocupaba, lo protegió largamente, excitando quizá, por ello más aún si es posible, la envidia torva de los otros. Tal era el desprecio que por él se tenía que incluso se llegó a negarle la paternidad de sus obras adjudicándolas a Lope de Vega, creaciones admirables como "La Verdad Sospechosa". Se llegó a creer que este odio estaba exacerbado por haber nacido Alarcón en México y no ser netamente español. Pero esto no pasa de ser una simple conjetura. Lo verdadero y lo cierto es que ningún jorobado ha tenido que soportar más desdichas por su joroba que Alarcón.

Conclusiones

El temblor de Poussin, la falta de un dedo de Schumann, el dolor de espalda de Mozart, los olvidos terribles de Newton, la córcova de Alarcón produjeron a estos hombres famosos torturas y molestias que en determinados casos fueron superiores a las que sufrió Beethoven con su sordera. Poussin, por ejemplo, debe haber sufrido más que el sordo de Bonn cuando cayó en la cuenta de su imposibilidad absoluta para pintar; la vida de Alarcón habrá sido algo insostenible en todo sentido. Y no digamos nada del pobre Newton que de pronto se encuentra con que su perro ha dado cuenta de todos sus manuscritos incendiados con una vela dejada distraídamente por el sabio. Pero, como podrá advertirse, en ningún caso, salvo en el de Poussin, estos defectos físicos, estas contrariedades tuvieron el poder de hacer fracasar la creación artística o científica.

Y en el caso de Schumann adquiere un valor curiosísimo el autor del "Carnaval" se convierte en compositor y deja la interpretación en cuanto se ve imposibilitado para ello.

Son los casos especiales en los cuales no han reparado los comentaristas. He querido citar algunos casos. Hay muchos otros menos importantes ya sea por la categoría de las personalidades como por la influencia que tales incomodidades han podido tener el espíritu de las mismas. Pero no está demás recordar a estos hombres que a pesar de todo tuvieron como lema el verso que Beethoven tomara para una de sus sonatas: "Por el sufrimiento hacia la alegría".



Hacia el Sur

(PRIMERA ETAPA)

El Monte Pascoal, espera a los turistas, amarrado al muelle Este de la dársena B. del Puerto Nuevo.

Son las 16; llegan los primeros pasajeros. Yo entre ellos. Sale a las 18, pero esto de embarcarse a hora precisa queda para aquellos que están cansados de andar, para quienes lo mejor de un viaje es llegar. Allí ellos con su reposo; nosotros los neófitos vibramos al llegar y al partir.

Antes de subir observo el barco. Listas las planchadas de acceso; amarrados sus guinchos, y quieto por nosotros, porque nos espera con su vientre repleto de golosinas, vinos y licores con los que amabilizaremos el viaje.

Me corro hasta popa para saber cuánto cala: 22 pies. Le faltan tres para llegar a su línea normal de carga. Anoto este detalle porque tres pies medidos sobre el agua ayudan al mar cuando se agita, medidos bajo el agua ayudan al barco, amarrándolo al mar. Subo. Se confunden turistas y visitantes. Un avisado me dice: La pitada preventiva de marcha no dirá cuáles son unos y cuáles otros. Observe usted esto: abrazan los que se quedan en tierra. Efectivamente; la pitada de marcha dice a los visitantes: "abajo", y éstos, apurados, cortan temas y tienden manos y abrazos.

Poco antes de la partida, la banda del barco tira una marcha a tierra. Hay en ella algo de pueblo y circo, y en la marcialidad de su primera pieza, algo de Prusia.

Hasta que las 18 horas sorprenden al barco rumorado de turistas y visitantes. Presentaciones, augurios; bullos por todas partes; fotógrafos en acción. Todo tiene por común denominador la palabra PARTIDA.

Primer toque de sirena. La emoción de partir acelera el pulso. Segundo toque: atentos los que no viajan. Manos, brazos, besos y "abajo". Quedamos en la nave que los vamos en busca de emociones. "Felicidad", "escribe", "abrigate bien", se siente por todas partes. Corren de popa a proa los marineros que sueltan los cabos; los guinchos elevan las escalas, y el barco, lentamente se va alejando del muelle.

Lo desconocido por promesa. Ande el barco. Un metro, dos, 10, 20, y lo vulgar de la despedida: opresión en los pechos y pañuelos en las manos. Vulgaridad de donde sacó Ramón Gómez de la Serna una de sus greguerías, al decir: las gaviotas son pájaros escapados de la blancura de los pañuelos de despedida.

Nadie abandona el flanco derecho del barco en su afán de ver hasta el último momento las caras amigas y la ciudad. Remolcando, el Monte Pascoal deja Puerto Nuevo, pasa la dársena y enfila su proa al estuario.

A los 10 minutos, entre Buenos Aires, ciudad de tierra firme, y el barco, ciudad flotante, se interpone una tonalidad gris, de agua, de puerto, de humo de chimeneas, de palos, de cascos, que las borra la distancia.

Ahora sí que nos vamos. Me lo dicen las boyas, que aunque quietas, se me antojan barquitos que van buscando el abrigo de Buenos Aires. Se me antojan que van, pero no; están fijas, cumpliendo su misión de índice que dicen a los navíos: por aquí; por aquí, que el río es ancho pero no hondo.

Hasta la vuelta, gran Capital... Adiós a la rutina de todos los días... Vivamos a bordo.

Ya empieza a obrar el clima de la excursión. Todos somos amigos. Sonrisa va, sonrisa viene. Camaradas forzados durante 16 días debemos sonreír, sí, y también saludarnos.

Babel en marcha, desfilan por cubierta, lindas y feas; gordos y flacos, rubios y morenos. Yo me paro en una esquina y observo, porque el barco nos lleva tiene esquinas, calles, casitas, y azotea... y observo que nadie tiene premura por conocer los salones y los camarotes. Ya, ya nos cansaremos del pasillo estrecho y el techo bajo. Un barco es un pedazo de tierra donde tienta la vida al aire libre.

A las 19 horas convivió a los pasajeros una aguda clarinada. La Alemania del Monte Pascoal llamaba a la cena.

Los comedores tienen capacidad para 1.500 personas, pero para mejor desempeño del personal de servicio, se organizan dos turnos. Me anoto en el segundo; almuerzo a las 13, cena, a las 21. Impresión bien la primera comida. Claro está, que en el barco, como en todas partes, no faltó quien, después de hartarse, comentara: "S, sí; bien, pero... carne de frigorífico, fruta con mucho estacionamiento..."

Justo la media noche. Nadie afuera y el bar cerrado. Ha muerto la vida a bordo y el silencio es tentador. A dormir, pues. Las almohadas, un poco duras, (vamos en un barco de los llamados de "clase económica) permitan una reflexión antes del sueño. Boca arriba, dejé las mías para rumiarme las que imaginaba harían los pasajeros.

Los pensé reflexionando así: "Vamos embarcados rumbo al Sur"... "Argonautas de largas distancias, no de la nave Argos, sino del Monte Pascoal, vamos a conquistar el selocino de oro, que está, no en la Columbia, al Este del Mar Negro, sino en el Sur chileno-argentino. Allí veremos maravillas en mares y tierras solitarias..." Y vencido por la noche presté mis oídos al ruido de las máquinas. Ellas me hablaron de esta época del acero en movimiento.

Mirada desde el mar, Montevideo ha sido más favorecida por el terreno que Buenos Aires. Se nota que es más chica, pero se le ve más. Para el que llega, Buenos Aires está siempre acostada, durmiendo en su pampa, en cambio, la capital uruguaya, así, como la vi, me dió la impresión de estar recién bañada secándose al sol.

Siempre algo de Europa en cualquier pedazo de Sud América: El Jean d'Arc, buque escuela francés, dormía amarrado a los muelles. Los turistas argentinos saludan a los bravos cadetes de Gascuña.

GiRANDO los ojos abarco la ciudad. El centro, alto, populoso, de cemento armado, muere humilde, en casitas y galpones, junto a los muelles.

A la derecha el Cerro, con su puñado de historia. ¡Cuidado uruguayos, que vuestra fortaleza corre el riesgo de morir oprimida por la audacia de esas castas blancas que ya están a pocos metros de ella.

Basta de historia, grita el frigorífico Swift, edificado en otra loma. Aquí estoy yo, señor del dinero y de los números, que mestizo campos y ganado para mover con más fuerza los brazos de las balanzas.

Usted es el hoy, "don Frigorífico". Pero en paz, que en el suelo de América todo cabe. Cerro y fábrica, cada cual en su loma. Vamos al corazón de la ciudad. A las 7.30, bajan los primeros turistas, y en grupos bulliciosos van en busca de las arterias principales: Sarandí; 18 de Julio. Montevideo es Buenos Aires al 60 por ciento.

La primera anécdota. Al pasar por la vidriera de una ferretería, veo a un compañero de mesa eligiendo mates. —Hola amigo; ¿qué hace? —Aquí estoy; eligiendo una "galleta" — me contesta, arrastrando las palabras. —¿Tiene el vicio? —Sin él no vivo, amigo. —¿No trajó equipo? —Sí, pero... si se me cae, o al sacarle la yerba, se me rompe. ¿qué hago viviendo entre alemanes? —Criofo lindo. ¿De dónde es usted, señor? —Entrerriano... Río y siglo.

En una sucursal de correos encuentro un grupo numeroso de turistas; hombres y mujeres, casi todos jóvenes, comprando cartas postales. Novios — pensé, y lo confirmé cuando arribándome a una de las mesas escritorios, pude leer el encabezamiento de la carta que escribía una niña; la carta comenzaba así: "Vida mía". Los amores no quedan en los muelles; siguen a los seres que los viven, como las estelas a las hélices, las gaviotas a los navíos. Se acercan las diez. Todo el mundo a bordo, porque el barco alemán que nos lleva es puntual como un inglés.

A la hora indicada, la sirena del Monte Pascoal saca los pibotes y arrea las planchadas. Despegamos lentamente. "Era...", "Ea...", "Un momento"... "por favor"... Gritos, silbidos, aplausos. —¿Qué pasa? —Llega un turista retrasado, ¡y cómo llega! En traje de baño y con sus ropas ciudadanas colgadas al brazo. La cara del señor X era lo más pintoresco. Miraba al oficial alemán de la planchada, como diciéndole: "No me deje en tierra extraño amigo". Los turistas y el público de los muelles aplaudían rabiamente al que no quiso pasar por Montevideo sin probar sus playas. Hubo que bajar la planchada, y yo le clarito en los ojos del oficial que la manejaba, este grito de disciplina: "25 cuerpos a tierra". Era alemán.

Adiós Montevideo, Ahora sí que ponemos proa al mar. El mar en seguida sale a nuestro encuentro con sus aguas verdes. Aguas verdes y brisas sueltas, tibias. —"Allá, allí; miren aquello" Todos miramos al punto indicado. ¿Qué se ve? Dos toninas ondulan sus cuerpos oscuros sobre y bajo las aguas. ¡Dos toninas en las puertas de Montevideo!... qué se veremos en alta mar.

Y en tanto vamos hacia el mar, observo a los pasajeros. Las niñas no son de la tarde anterior. Lucen sweaters livianos, blusas, polleras adecuadas; tul para el viento, muchas catalejos para las cosas distantes; y andan, parlachinas, gráciles, por las "calles" del barco. Los hombres recostados a las barandas las miran pasar. Yo busco a la linda del barco. No existe o lo son todas. Las mamás, confiadas, se sientan en los bancos y en las hamacas y hacen muy bien, porque los turistas somos serios y buenos. Pero no por esto dejan sueltas a sus "pollas". Saben ellas que llegando otra vez a Buenos Aires, todo muere.

Cuidado, cuidado, señora, que una excursión es un magnífico caldo de cultivo para romances hondos... Y así, sin saber quiénes son "ellos"; de dónde vienen y cuánto ganan. No hay que casarla a Maruca con un pobrete, y a la Beba con un ordinario. Cuántos habrá que han cerrado la tienda o el almacén para ir a los canales fueguinos.

A propósito: Alguien me trae el chisme de que en Buenos Aires, embarcó una señora con 5 hijas, de las cuales la menor tiene 15. —No. —Sí señor. Y no faltó el comentarista oportuno: —Ser muchas para una sola mamá; hay que casar alguna. Corren tiempos difíciles. Si, pero esa posibilidad le cuesta a la señora mamá, cinco pasajes, por lo menos 1.500 pesos; con el de ella, 1.800. Incluyendo gastos, 2.000 redondos. Puede ser, agregó, y acotó al margen: Si las chicas son lindas...

A las 17 horas, el Monte Pascoal navega sin novedad a bordo y con mar tranquila, frente — más o menos — a la bahía San Borombón.

A las 18.30, se oye a estribor: "Barco a la vista". Vamos allá. Con rumbo opuesto al nuestro, recostado a la costa de la provincia de Buenos Aires, navega un barco. Es chico, y como hay todavía luz solar, nadie le reconoce haber interrumpido la soledad del Atlántico. El adiós es de ritual. El barquito de marras, y el Monte Pascoal, no fueron en pleno Atlántico esos dos amigos argentinos que se encuentran en París.

Se impone nombrar un animador. Esto es trascendental. ¿A quién designar? No hay dos opiniones. Hay anda Florindo Ferrario volcando su alegría por puentes y cubiertas. Aceptó el cargo, y esa noche nomás, entró en funciones diciendo a los pasajeros en el comedor: "Señoras, señores; ordeno alegría, buen humor. Todos somos camaradas; nos une la inquietud de viajar, así que a reír, y a romper el hielo que veo en todas las caras. Esto le valió en adelante el mote de "rompedor de hielo".

¡Pobre Ferrario!... Esa noche, por la alegría del pasaje vendió el deseo de tranquilidad que lo llevó a Sur. Las veces que me dijo: ¡Che; trabajo aquí más que en el teatro! Aguanté el amo del barco, y así fue necesario. Los sudamericanos necesitamos un cuarteador de sonrisas. Somos amigos de la alegría organizada y regida.

A las 21.30, pasamos frente a Mar del Plata. Arde en la ciudad balnearia, las que vibrando a la distancia, ponen punto final al mar e inician el cielo. Un cielo de fondo oscuro y negro, que entolda el mar y embrea al barco.

Me largué por cubierta a vivir mi primera noche en el mar. En el salón de fiestas cantaba una niña turista acostada al piano, y afuera, la plenitud verde-líquida del océano y la azul-velldil del cielo.

Entre los pasantes de cubierta encuentro al almirante Martín. Iba abajo de su gorra marina, aparentemente ajeno a la sugestión de la noche. Claro; es almirante. Hablar del mar con él es lo mismo que hablar de flores con un jardinero, del ruido que hacen las ruedas de los molinos con los molineros, — pero yo apuro a la distancia una luz a destello, y necesito saber qué es, qué es la espejo, quien la prende. Lo espero y lo abordo: —Perdone almirante. ¿Qué es aquella luz? ¿Un barco, un pueblo? —No; es el faro de Punta Médano. —¿Navegamos muy alejado de la costa? —Más o menos, 12, 14 millas. —¿Aguas profundas almirante? —Bordeando la provincia de Buenos Aires, la profundidad puede apreciarse, calculándose, más o menos en una brazza por milla. Tendremos aquí, aproximadamente, 18 metros. —Piensa: ¡Lecho de tumba a 18 metros! Si rugiera el huracán campanero de los barcos, qué rápido sumiríamos en las aguas nuestras ilusiones de navegantes...

—Pero quién piensa en naufragio yendo en viaje de excursión?... —¿Cuántas veces ha hecha esta ruta, almirante? —Oh, he perdido la cuenta. Posiblemente 80 veces o más. ¿Y usted? —La primera vez... Se lo dije humildemente, con voz de marinero recién embarcado.

POR PABLO ROJAS PAZ

ILUSTRACION DE GUIDA

PELOPONESO y JAZMIN HAMM



La Quimera del Oro

En el pequeño cementerio de Carpadinia, que fué otrora un próspero pueblito de Oregon, el Estado que sirve de teatro a tantas cosas estrafalarias se han atribuido hasta ahora al Far West, llaman poderosamente la atención los epitafios de los que cayeron en aquella avalancha humana que se precipitó sobre el Oeste de los Estados Unidos en busca de oro a mediados del siglo pasado. Son inscripciones sobre rústicos troncos en que el puñal de la faena diaria dejó perpetuados los nombres de algunos espíritus extraordinarios de aventura, a cuyo paso se cruzó la muerte. En cada uno de ellos se percibe la huella de los afanes sugestionadores que pobló la atmósfera del lugar en tiempos que de cuando en cuando salvó del olvido la cinematografía moderna.

POR
ANGEL VILLASOL

ILUSTRACION DE
Pedro de Rojas

cargamentos de mercaderías con los que se hicieron probablemente los más pingües negocios en torno a los hallazgos del precioso metal. Efectivamente, llegaron estos comerciantes a vender las barricas de harina que traían al precio de trescientos dólares cada una. Vendieron manzanas secas a tres dólares la libra, papas a treinta dólares la arroba.

A las carretas siguió un extraño desarrollo en la transportación de los pioneros del Far West. Hizo aparición una empresa transportadora a lomo de camellos, a cuyo paso los pobladores indígenas se creían objeto de maleficios infernales. Esta reacción se cambió con el efecto que los camellos producían en los caminos sobre las mulas de carga, que, espantadas por los plantigrados, caían en los precipicios, y oposiciones en todas partes que se llamó la del "expreso del dromedario". La cosa llegó a tomar forma de pleitos en los tribunales, entablados por los dueños de empresas de transporte mular. Desde entonces ningún camello holló el suelo del Oeste norteamericano. Contribuyó a ello en gran parte, además de las causas mencionadas, la poca duración que tuvo aquella prosperidad sin paralelo, de la tierra en que se recogía oro a paladas.

En los días que corren, sin embargo, quien se dejara subyugar por la quietud del cementerio se vería sorprendido a ratos por el repiqueteo ensordecedor de alguna trepanadora de montes o por las explosiones de grandes masas de dinamita que dan testimonio desde lejos al recrudescimiento de aquel drama de la quimera del oro del siglo diecinueve. A poca distancia de los restos piadosamente sepultados en Carpadinia, centenares de personas se hallan otra vez más luchando a brazo partido con la naturaleza para despojarle de pepitas de metal más codiciado por el hombre. No se trata de un solo punto en particular. Por todas partes y en todas direcciones se ven agrupadas nutridas poblaciones atraídas no por el oro libremente posado en las

del oro transportado desde Carpadinia entre los años 1860 y 1864. En otro camino de su ruta tienen que estar alerta contra los insubordinables precipicios que se abren al paso de las carretas, no disponiendo en ninguna parte de un norte seguro para la llegada, hasta tanto no puedan divisar, en las alturas de una de las elevadísimas colinas de Carpadinia, las líneas espectrales con que se dibuja en el horizonte su pintoresco y memorable camposanto.

Al igual que ahora, la transportación de los buscadores de oro ha dado la nota más dramática de la ya antigua historia de los exploradores de Carpadinia. Los anales más interesantes de esta historia se registraron a principios del '90, cuando los mineros de California y de otras regiones del Oeste fueron atraídos por las experiencias venturosas de William Dietz, muerto en la pobreza quince años después de haber abierto el camino a la fortuna de millares de los que siguieron sus huellas. Al principio afluyen a lomo de mula en caravanas cada vez mayo-

Pasaron algunos años, los pocos en que corrió el oro en los riachos de la región, y se produjo el éxodo de los pobladores de centenares de Carpadinias, ya para ir a disfrutar de sus hallazgos a regiones menos exigentes al esfuerzo humano y ya para establecerse en los centros de población que por allí florecieron y se multiplicaron como aportes efectivos y permanentes de la civilización norteamericana.

Pero hace cosa de cinco años, en 1928 para ser preciso, se recibió en Carpadinia al historia de los argonautas del oro del siglo pasado. El hallazgo de unas vetas de escuarzo indicó la pista que siguió durante más de un año un empujador y solitario buscador de oro, cuyos afanes fueron coronados por el éxito.

Un túnel de varios metros trabajosamente recortado en una de las rocas laderas de Carpadinia le llevó a un tesoro de filones de oro, el estado sulfuroso. Y por esa milagrosa manera con que cunden en el Oeste los hallazgos de este género, no tardaron dos meses para que se corriera la voz de esa bien ganada victoria. Las nuevas que se despararon atrajeron como por arte de encanto centenares de nuevos argonautas, llegados en aeroplanos, en carretas, en trineos y hasta en skys. Hoy, después de tres años de explotación, Carpadinia es un extraordinario espectáculo humano. Esta vez, la fiebre del oro que la abraza presenta caracteres inusitados. Junto con los indigentes, con los que nada tienen que perder, y con los que se desvanen de otras ocupaciones, se mezclan los tipos más diferentes y dispares. Allí encontramos bandas de jóvenes y adolescentes fugados de sus hogares, como también a personas de recursos que liquidaron sus negocios poco antes de arrasar con ellos los últimos colozos de la crisis financiera y económica. Allí se ven las chozas improvisadas y los chalets transportados de viejas ciudades. Pero todas estas distinciones y diferencias se nivelan y desaparecen ante una preocupación común. El rico y el pobre, el que se vale de rústicos picos y barrenos y el que emplea fuerza motriz, el que vive en medio del calor de un hogar y el que vive a salto de mata sin saber exactamente dónde pasará la noche, todos, sin excepción, están atacados por igual por la misma fiebre devoradora del áureo metal. Carpadinia parece uno de esos lugares habitados por gente de distinto rango social que padece una misma enfermedad.

Durante estos meses de invierno se ha venido preparando la actividad del año, la que se iniciará tan pronto ceda en alguna medida la gruesa capa de nieve y hielo en que está sepultada Carpadinia como un diamante en un arenal. Más de dos mil certificados de derechos de propiedad y explotación han sido conferidos en las últimas semanas. Algunos de ellos alcanzan al terreno colindante con el desolado cementerio de Carpadinia.



aguas sino ya por el que, en filones adheridos a vetas de sulfuro, se desgraja en el interior de grandes moles de granito virgen.

En esta nota desfilan los argonautas del oro, los que en nuestros días renuevan la quimera que tantos hombres elució a través del tiempo. Poco se enfrentan con la riqueza. La muerte suele ser la única recompensa de estos aventureros.

Algunos de estos argonautas vienen al lugar en medios modernos de transporte, empleando vapores y trenes veloces y completando algunos tramos en aeroplano. Otros, muchos de ellos las víctimas más castigadas por la depresión económica, se llegan poco menos que a pie, cruzando penosamente largas distancias durante meses enteros. La gran mayoría de ellos, sin embargo, se vale de medios de transporte primitivos como la carreta tirada por bueyes o cauallos, arrastrando sobre ellos toda clase de maquinarias y materiales de construcción y dando lugar a la formación de pintorescas e inacabables caravanas que pasan lentamente por caminos célebres, como aquel que lleva el nombre de "Los Asaltantes de Caminos", en triste memoria del bandidaje que merodeaba por allí en arcecho de las decenas de millones de dólares

res, a los que se incorporaba gente desde las regiones más remotas del país y del extranjero. Venían hombres y familias enteras de Inglaterra, de Rusia, de Suecia y Noruega y hasta de la China. A medida que aumentaban los pioneros el transporte de ellos se hacía más complicada. A poco de emplearse la mula se inició un gran movimiento en carretas de bueyes, ya no solo para los que venían con las manzanas vacías para llevarlas llenas de oro, sino también para los que llevaban a las improvisadas poblaciones del Oeste grandes

SE CREE QUE AQUÍ ESTÁ EN LA CALLE FLORIDA
¡ADIOS VAMPIRESA!

ENVÍO-SAS!

TIENE LA MISMA MANERA DE CAMINAR DE GRETA GARBO.

ELLA PIENSA CASATE CONMIGO.

LISTED ME TIENE LOCO; POR QUE NO ME MIRA CON ESOS OJOS DE LAPLAZULI!

LE VOY A PONER UN PISTO EN CORRIENTES Y TALCAHUANO

¡JA, JA! LEA EN LA PALMA DE MI MANO SERÉ SULTAN Y TENDRE UN STUD.

OTRO QUE SE LAS PILLA DE FRANKENSTEIN

NO QUIERO QUE NADIE SE META EN MIS FUEROS PERSONALES.

¡AUXILIO!

SOY YO Y MUCHO CUIDADO QUE ME GRITES ALGO EN EL CORSO.

ESTOY AVIDO DE LAS CARICIAS DE LA REINA.

¡AHÍ VIENE. ME DIRÁ "MI ESPLENDOROSO MININO"

PLESIO-SAURO ESPINOSO

¿NO LO HABEIS VISTO?

¡ESE LENGUAJE TAN PULCRO ME CONMUEVE.

¡OH, GANSITO ILUSTRE, SUEÑO DE ROSAS, CONFITE DE TUNAS SILVESTRES!

VOY A SU LADO COMO LINA VAGA PRINCESA DE LOS CUENTOS DE ANDERSEN. LO LLEVARÉ A LAS TULLERIAS Y A UN CRUCE-RO EN EL GELRIA.

¡OH! CAMINA COMO UN BIMANO

¡ROMEO INSOLITO!

SACAD LA TIZONA Y NOS BATIREMOS A MUERTE.

YO HE PUESTO DE MODA LOS PERRITOS ANTE DILUVIANOS

¡USTED IGNORA LA ZOOLOGÍA

EL MIO SE PARA SOBRE LAS PATAS TRAZERAS.

EL MIO YA CONOCE MI VOZ.

¡HABLA!

¡FUEERARI!

SOY EL PIRATA DE LA SELVA Y ALGO ASI COMO EL ARTAGNAN O EL DON QUIJOTE DE LA TIERRA NINA.

¡NOMBRO COSAS QUE NO EXISTEN.

ES NUESTRO JULIO VERNE PORQUE SE ANTICIPA A LOS INVENTOS DEL FUTURO.

¡AUXILIO! LLAMEN A LA ASISTENCIA PÚBLICA.

¡SOCORRO!

LAS LEERE MOS DENTRO DE 15.000 AÑOS.